

The book cover features a surreal, painterly illustration. On the left, a woman with short red hair, wearing a long, vibrant red coat and black gloves, stands with her arms crossed, looking down. On the right, a man in a white suit and tie sits on a small wooden chair, looking directly at the viewer. The floor is a yellow and grey checkered pattern that recedes into the distance. In the background, a large, blue-tinted face of a man with glasses and a mustache is superimposed over the scene. To the left of the woman, a large, dark blue question mark is painted on the wall. The top of the cover shows a sky with soft, colorful clouds. The title and author's name are printed in white on a black background at the top.

Peter Handke

El juego de las preguntas

de

Traducción de Eustaquio Barjau y Susana Yunquera

Lectulandia

«No es para que nos contesten a una pregunta por lo que nos hemos puesto en camino, sino para que, en el silencio del lugar de los antiguos oráculos, cada uno descubra cuál es su pregunta». Con este designio, siete singulares peregrinos emprenden un iniciático «viaje al país sonoro», una búsqueda espiritual que, bajo distintas formas en diferentes culturas, ha constituido siempre el símbolo supremo de la vida humana. En *El juego de las preguntas*, Handke propone que nos abramos al mundo por medio de una pregunta esencial, donde se incluyan todas las respuestas. Es el modo de indagación personal que caracteriza toda su obra: averiguar cómo se relaciona el hombre, a partir de sí mismo, con todo su entorno. Cada mirada congela el mundo, lo fragmenta, lo analiza, lo devuelve en palabras (trocadas en eficaces herramientas). Una escritura cuya originalidad llega a las raíces del idioma. No hay libro nuevo de Handke que no constituya un acontecimiento.

Lectulandia

Peter Handke

El juego de las preguntas

ePub r1.0

Titivillus 16.07.16

Título original: *Das Spiel vom Fragen oder Die Reise Zum Sonoren Land*

Peter Handke, 1989

Traducción: Eustaquio Barjau Riu & Susana Yunqueira

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ferdinand Raimund, Anton Tschechow, John Ford y todos los demás.

«Los peregrinos iban caminando muy pensativos... Estos peregrinos me parecían venir de muy lejos.»

Dante, *Vita Nuova*.

- Uno que mira desde el muro
- Un aguafiestas
- Un actor joven
- Una actriz joven
- Un viejo, una vieja
- Parsifal
- Un indígena, en distintas personalidades

Las indicaciones de escena no son siempre, necesariamente, *instrucciones*.

1.

El escenario es un plató que se encuentra detrás, en el centro, en el más apartado de los continentes; luz de ensayo; no hay nadie; silencio; el suelo, en una pendiente, como formando un acantilado. Allí se ven ahora dos manos que se agarran al borde del acantilado buscando apoyo. Por un lado del escenario, como saliendo de casa hacia la calle, aparece en escena EL QUE MIRA DESDE EL MURO, un hombre de mediana edad; lleva poca ropa; a punto de partir; como equipaje no lleva más que un peine y un cepillo de dientes, que en estos momentos se está metiendo en el bolsillo superior de la chaqueta. Apenas ha dado unos pasos —mientras ha estado dando vueltas en torno a sí mismo y ha estado volviendo la cabeza hacia el lugar de donde ha salido—, se encuentra de camino en aquella gran extensión, con el viento bajo las axilas, la cabeza levantada, el paso errante. Fija su atención en el movimiento que hay al fondo de la escena, donde se ve una mano —porque entretanto ya sólo queda una— que está buscando apoyo. Se detiene. Y cuando corre en aquella dirección, desaparece esta otra mano, como ahuyentada por la vibración que causan sus pasos. Si lo que ha ocurrido es que se ha caído alguien, no obstante, a esta caída no le siguen ni gritos ni el impacto del cuerpo al chocar contra el suelo. El que mira desde el muro se acerca al borde del acantilado; de repente retrocede; se pone en cuclillas; se cubre el rostro con las anchas mangas de su cazadora y se queda quieto.

Por el otro lado del escenario llega ahora corriendo el AGUAFIESTAS, como si estuviera huyendo de alguien, jadeante, echando el bofe; se trata igualmente de un hombre de mediana edad que, al correr, continuamente está volviendo la cabeza hacia sus perseguidores y se pone las manos en las caderas. Por fin, en el rincón más extremo del escenario, se para, con los brazos colgando y mirando hacia todas partes, como si, viéndose acorralado, se entregase. Pero los que le acosan no aparecen. Entonces se despereza lentamente; se pone el abrigo de viaje, que hasta el momento llevaba en el brazo; se sienta y estira las piernas; sus ojos no miran a ninguna parte, descansan de la fuga. Ahora, sin que los dos primeros en llegar se den cuenta, desde distintas direcciones salen el ACTOR JOVEN y la ACTRIZ JOVEN. Él lleva gafas de sol; está cansado; atiende a todo; parece que viene de un ensayo; ella, en cambio, va al ensayo; mira hacia el horizonte, tiene una mano en el hombro opuesto, lleva un vestido ondeante y da grandes zancadas como si, caminando por las colinas, fuese al encuentro de alguien. Enseguida se convertirá en la mujer del panadero o en la campesina que está prometida con alguien; en cambio, el actor joven hace aún, aunque sólo a medias, el papel del rebelde, del misántropo, o del condenado a muerte; va vestido con una parte del disfraz que corresponde a estos papeles. El momento en que cada uno sale del callejón por el que iba y se ven el uno al otro es el momento que desde siempre habían estado esperando. No necesitan salirse de sus papeles: sólo que éstos, con un leve toque, toman otro matiz. Ella

añade seriedad a sus expresiones de joven campesina enamorada, y él, moviéndose cada vez más despacio, deja de hacer los ademanes de combate de un rebelde y acaba extendiendo los brazos hacia ella. Luego, de repente, los dos se detienen: ella, sin moverse del sitio, mirando hacia otro lado, se sienta, y él, después de haber andado de un lado para otro dando toda clase de rodeos para llegar a los bordes del plató, se sienta a cierta distancia de ella, también mirando hacia otra parte.

Salen ahora LOS VIEJOS, uno detrás del otro, caminando con torpeza; ambos aparecen en el escenario moviendo mucho los brazos y las manos, como haciendo señales. La vieja lleva un gran bolso de mano colgando de un brazo y el viejo arrastra tras de sí un baúl enorme que, sin embargo, da la impresión de no pesar demasiado. Al parecer han intentado alcanzar un vehículo que se les está escapando delante de sus propias narices. Ambos llevan la indumentaria de fiesta oscura de gente que, a lo largo de su vida, no ha ido más que en ropa de trabajo, y esto hace que den aún más la impresión de gente solemne; hoy podrían haber estado libres, sin tener que ir a trabajar. Pero ahora se apartan hacia un lado con sus cosas, cabizbajos —tampoco ellos ven a los demás—, y se dejan caer, primero sobre las rodillas, luego sobre los talones. La vieja se cubre la cara con el pañuelo con el que ha intentado hacer señales; el viejo, con las manos en las rodillas, se balancea hacia delante y hacia atrás.

Por último, aparece en escena PARSIFAL; camina hacia atrás parándose una y otra vez; mientras tanto, con un paso que parece desafiante, señala el lugar por el que ha salido, pero apartándose cada vez más de él —como si lo acabasen de abandonar en algún paraje virgen y lo estuviesen espantando, tal vez con un arma. Él es el más joven de los que están en el plató, casi un niño; lleva el cabello rapado; va vestido con harapos; está descalzo. Como si estuviese ya desterrado definitivamente, brinca dando vueltas en el único rincón del escenario que aún está libre, mientras se da cabezazos, primero contra las rodillas y luego, después de haberse tirado al suelo, contra las tablas; le sale saliva por la boca. Ahora se empieza a oír una señal sonora; es tenue pero llega lejos; un sonido dilatado, el sonido más grave posible, un sonido que lo penetra todo. Y, después de un silencio en el cual cada personaje, incluso Parsifal, ha dejado de moverse y se ha puesto a escuchar, se vuelve a oír la señal por segunda y tercera vez; es algo así como una sirena de niebla, o el silbido desde el interior de una locomotora antigua, o la señal de partida de un transbordador pasando junto a una calle del puerto. Después, en el silencio, los siete se ven unos a otros, y los que no estaban aún de pie se levantan. Vuelven a coger la maleta y el bolso, y el escenario se oscurece.

2.

Una curva más lejos en el interior del país; un pinsapo en lo alto de un cerro. Los siete acampan allí, los dos VIEJOS en taburetes plegables; a su lado, el bolso y el baúl. La escena continúa en silencio e iluminada por la luz clara del plató, o la luz de los primeros ensayos. La ACTRIZ JOVEN se quita el maquillaje. El ACTOR JOVEN hace desaparecer la parte del disfraz que corresponde a su papel.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

*se peina el cabello alborotado por el viento, se pone una mano sobre los ojos para protegerse de la luz, mira a lo lejos y extiende la otra mano hacia delante: ¡Mirad, qué hermoso! Ahora mismo hay paz aquí, en el interior del país, y por eso puedo decir esto. Debo haber nacido para alabar, porque yo no tengo voz más que para esto. Lo demás que sale de mí es áfono o resulta estridente. — Pero ¿por qué actualmente se me hace cada vez más difícil encontrar bellas las cosas? ¿Por qué vosotros, los de antes, pudisteis decir sin más: ¡Arriba los corazones!, o: ¡Sagradas aguas marinas!, o simplemente: ¡Tierra! ¡Sol!, o lo más sencillo del mundo: ¡Hay tiempo!? ¿Y por qué vosotros habéis podido bendecir aún a los que venían después? ¿Y por qué con cada paso que doy me van apartando de vosotros, de modo que ya no puedo dejarles nada de vuestra bendición a nuestros hijos, que detrás del horizonte se mueven ignorantes sobre el abismo? Ya estoy viendo cómo de repente os atemorizáis y oigo cómo nos llamáis, a nosotros, que no vamos a poder hacer nada por vosotros. En mis oídos suena ya vuestro grito, y ante vosotros están aún las colinas, con un rumor que parece proceder de las mismas colinas. *Dibuja con el brazo las ondulaciones de las lejanas colinas.**

EL AGUAFIESTAS

tiene frío; se envuelve en su abrigo: Y junto a las colinas, bajo los árboles, los cazadores. Y ya no recechan la presa como hacían antes, sino que llegan corriendo por las pistas forestales con los jeeps; se paran y ya están disparando a través de las ventanillas abiertas; no a un león o a un oso, no, a las ardillas, que por última vez dan un brinco; hacen una pila con los pequeños cadáveres y, después de haberse puesto en fila y haber meado rápidamente en las ruedas del jeep, salen otra vez zumbando hacia el siguiente puesto de caza; y cuando, un segundo después, te acercas al lugar donde acaba de ocurrir aquella matanza, no ves brillar ni una gota de sangre; en el viento de tu colina no vuela ningún jirón de la piel de estos animales; no te encuentras ninguna astilla de la corteza, ni siquiera un olor a quemado o —¿cómo se dice esto actualmente?— un calor residual: queda sólo el árbol incólume; la hierba del bosque no se ha doblado; se oye sólo el inhumano susurro. — Y para nuestros hijos tú y yo ya hace tiempo que no somos nadie. Aun en el caso de que nos tuviesen delante todos

los días, seríamos para ellos, si no una carga, en el mejor de los casos el «ah, ése» al que sólo con mirarlo le entran a uno unas ganas enormes de bostezar; y por muy solos y abandonados que pudieran estar, si les fuéramos a ver o si les llamáramos por teléfono, a la primera alegría del «¿quién me llama?», «¿quién me viene a ver?», le seguiría el desilusionado «ah, tú», «ah sí, ése». Bien es verdad que nuestros hijos quieren que los protejan, o los salven; pero, por Dios, no que los protejamos o los salvemos nosotros. El hecho de que en las angustias de la muerte nos llamen a gritos es sólo un reflejo. Hasta en sus sueños nos dejan de lado, y no les volveremos a mirar a los ojos hasta después de nuestra muerte. — ¿Y aquellos que nos precedieron y que para ti eran los nobles ancianos? Puede que sea cierto que tuvieran un corazón que alabar, no sólo cuando se trataba de un vencedor y no sólo porque eran los siervos de un dios o un príncipe y los recompensaban por ello. ¿Y no será que cuando su voz llegaba al pueblo se sentían ellos mismos vencedores, y al final estaban seguros de haber dicho de una vez por todas lo que hay que decir para obtener el premio de la existencia? ¿Y que, como todo vencedor, ya sólo se conocían a sí mismos, sordos en su indiferencia frente a nosotros, sus descendientes, una indiferencia que sería lo contrario de tu bendición? «Hay tiempo», sí. ¿No será que los viejos, que disponían del tiempo como si fuera suyo, precisamente por eso ya no nos dejaban tiempo a nosotros? Pero mirad, ved allí al gran centenario, andando por el camino, con la mano en el hombro de su pequeño Isaac, como si quisiera apaciguarlo, cuando en realidad lo vuelve a llevar al lugar del sacrificio. *Dirigiéndose a su mano, abierta*: ¿Y tú qué opinas, bichito? ¿Y si me equivoco? ¿Y si el anciano que pone su pesada mano en el hombro del chico no fuera más que un ciego que pide que le lleven a dar un pequeño paseo? Pero ¿quedará aún tiempo para nosotros? ¿Y si sólo es un campesino ciego que está inspeccionando los terrenos con su nieto? — Mirad, el animal ha dejado de correr y levanta la cabeza. Sigue una pista con el olfato. Con sólo una pregunta ya está olfateando. Así es que continúo preguntándote, bichito mío: ¿crees que pronto va a hacer más calor?, ¿qué haces esta noche?, ¿dónde estarás en invierno?, ¿dónde estuviste durante la guerra?, ¿dónde está tu madre?, ¿dónde está tu hijo? — ¡Mirad, en efecto se está dando la vuelta para ver si encuentra a sus parientes! — ¿Ésta de aquí es tu forma original, bicho, o ya has experimentado alguna otra transformación? ¿Y en qué nos transformaremos nosotros mientras ocurra todo esto? Ése de ahí, que es idiota y tiene una enfermedad en los pies, ¿se convertirá en un corredor prodigio? Ésa de ahí, que las pasadas noches ha estado siempre con las manos metidas entre los muslos, ¿se convertirá en una que la noche siguiente abraza a ése de ahí? Esos dos viejos con caras de preocupación, ¿se convertirán en una montaña de dos cabezas con caras de Buda feliz? Ése de ahí, con su eterna provisionalidad, ¿se convertirá en uno que tiene residencia fija y que ya no busca su salvación saliendo de donde está sino, como el viejo sultán, quedándose, sin moverse, en el regazo de la joven amada? — Y ahora dime a mí, mi oráculo de mano, si, mientras ocurra todo esto, el fugitivo que he sido desde siempre, el que nunca se atreve a cerrar del todo los ojos, el que se

sobresalta sólo con oír el aleteo de un gorrión al alzar el vuelo, el que esquiva una mariposa que tiene en el ángulo del ojo, el que (*entre medias se dirige a la ACTRIZ JOVEN*: «¡Mire a su alrededor!», *a continuación ella lo hace*) nunca ha podido mirar por encima del hombro con la tranquilidad que acabamos de ver, sino siempre así (*hace una demostración*), de ningún otro modo; dime, bichito, si al que persiguen por montañas y ríos lo van a transformar aquí en uno que, en el bosque de los cazadores, podrá cantar finalmente en voz alta, para distinguirse de la caza, porque habrá dejado de ser caza humana para sus cazadores, los cazadores de hombres. ¿Por qué, animal mío, mi primer impulso cuando veo a una persona, sea quien sea, ha sido siempre: huir? — O dínos simplemente: ¿quién es tu enemigo? O bien: ¿fuiste tú el que me hizo estos agujeros en el abrigo? (*Acerca la oreja a la mano. Después se dirige a los que están a su alrededor*:) No hay respuesta. ¡Asombroso! *Soplando aparta de sí al animal.*

LOS VIEJOS

hablan una vez uno, otra vez otro; cada vez que hablan levantan un poco los brazos, representando una especie de coro hablado: En realidad éste tendría que haber sido nuestro primer viaje. Pero a mí de todos modos no me apetecía mucho. Y a mí tampoco. (*Juntos*:) ¿Por qué no me lo dijiste? — Desde la guerra no he vuelto a dormir en otro lugar que no fuese en casa. Y yo desde aquella ocasión en la que estuve en el hospital. Toda la vida me ha gustado quedarme solo cuando los demás salían de viaje. Sí, y cuando me decían adiós con la mano, con mucha pena de que me quedara, y al fin desaparecían de mi vista, yo saltaba de alegría. Sí, y cuando en una ocasión mi hijo se dio la vuelta y vino a vernos un momento para consolarnos con unas palabras, me encontró tan a gusto con el periódico en la mano, y a mí en el jardín comiendo cerezas y escupiendo los huesos junto al cerezo. (*Juntos*:) Nuestra dentadura ya no está para comer manzanas. — Qué agradable está la casa cuando los demás están de viaje, sin que les ocurra nada malo, y se les guarda el sitio. Sí, porque son de los nuestros, y guardarles la casa ya anticipa su regreso. (*Juntos*:) Al menos en algunos momentos. — Mi alegría siempre fue alegrarme con los míos. Sí, y sobre todo cuando ellos vivían esta alegría estando muy lejos de nosotros. De qué manera les describíamos el brillo de las lejanas costas y les incitábamos para que hicieran siempre nuevos viajes. (*Juntos*:) Y ahora los papeles están invertidos. — En lugar de darme un par de vueltas en la motocicleta con el nieto, éste lo que tiene que hacer es contestar a nuestro hijo que le dice: Cuenta, a ver, ¿qué es lo que has visto hoy? Y la nieta, en lugar de estar sentada en mi regazo contándome lo que ha soñado, un sueño sobre el que podríamos reír y llorar juntos, lo que tiene que hacer es sonreír para que le saquen una foto. (*Juntos*:) Pero siempre es mejor eso que cuando estábamos con los otros viejos del lugar, haciendo un crucero por los escenarios de la guerra. — ¿Habrán salido éstos ya del primer asombro y ahora ya se dedican únicamente a contar chistes o a jugar a las cartas? No lo creo; si nuestra región es conocida

precisamente porque la gente no sabe jugar a nada ni sabe contar chistes, y cuanto más viejos se hacen, más se asombran. En nuestra región los viejos llegan incluso a asombrarse juntos, al unísono, en coro, y a muchas familias se las llama con el nombre de «los Maravillados», «en casa de los Maravillados», «alias los Maravillados». Incluso al dialecto de nuestra región se le llama el habla de los asombrados; hasta nuestra entonación es toda ella una entonación de gente maravillada. Sí, yo me imagino que todavía siguen ahí sentados, mudos, como cuando empezaba el viaje, con la cabeza erguida para mirar. ¿Pero no crees que, con todo su asombro, en el fondo lo que a cada uno de ellos le tira desde hace ya tiempo es volver a casa, a las rosas silvestres del jardín, que al salir estaban a punto de florecer —¡esa raja púrpura que se abre ya en el capullo!—, y ver por la noche en televisión la continuación de su querida serie? Más bien pienso que sí, si hasta nosotros tenemos el apodo de «llorones nostálgicos»... ¿A ti también te tira volver a casa? No, ahora ya no. A mí en estos momentos tampoco, porque ahora allí está todo tan callado, tan apartado del mundo, callado de un modo tan distinto a como lo estaba antes. ¿Y volver con los otros? Menos aún. ¡Imagínate a todos esos viejos apelotonados! Me basta con el olor a moho de sólo uno de esos hombrecitos viejos. Sí, y basta ya de viejas perfumadas, con ojos de *cocotte* y el halo de miedo que envuelve cada uno de sus contoneos de cadera. Me basta y me sobra con mi papada. Sí, y por fin fuera historias de enfermedades, fuera la gente que anda husmeando los últimos días, fuera los parientes que identifican al muerto junto a la tumba.

LA VIEJA

dirigiéndose a los que la rodean: Cuando en una ocasión, de joven, estuve en el hospital, lo más bonito para mí era ver pasar trenes por delante de la ventana, y cuando se lo dije a la mujer de la cama de al lado, una vieja que debía tener muchísimos años, su respuesta fue: sí, pero todavía más bonito es para mí ver pasar los aviones.

EL VIEJO

dirigiéndose a los que le rodean: Y yo, en la guerra, una vez en verano tuve permiso y me pasé la tarde entera sentado en la terraza de un café de aquel país extranjero, al lado de un viejo, y lo único que me dijo cuando nos despedíamos a medianoche fue: ¿No es éste un lugar estupendo para mirar mujeres? (*Junto con la vieja:*) Eso fue un tercer grupo, en los terceros lugares, y si vosotros, forasteros, también sois de ese tercer grupo, entonces los siete haremos un buen viaje. (*Contempla a los actores jóvenes, que entonces se incorporan y dejan que les miren:*) ¿Eres un miembro de la resistencia? — ¿Y tú, eres la reina de la fiesta?

LA VIEJA

Así no ha preguntado jamás. — ¿Pero a tu edad todavía tienes preguntas?

EL VIEJO

Sí, preguntas y más preguntas. ¡Y qué preguntas! ¿Y tú?

LA VIEJA

Sí, yo también. Cuanto más vieja soy, más preguntas tengo, más lo pienso todo en forma de pregunta. *Silencio. Ella le pone bien los tirantes y él, a ella, la horquilla del pelo.*

LOS ACTORES

se examinan mutuamente con la mirada.

LA ACTRIZ JOVEN

¿Y?

EL ACTOR JOVEN

No. Aún no.

LA ACTRIZ

No sabes aún qué vas a preguntar.

ACTOR

Por una parte, me siento impulsado a hacer preguntas, porque sin ellas no puede seguir nuestra relación. Por otra parte, me da miedo, porque si la pregunta está mal, o no se plantea en el momento adecuado, ya nunca más podremos juntarnos; y ante ti, en vez del miembro de la resistencia o el rebelde, tienes simplemente al actor joven y petulante que mete cizaña sin que sirva para nada en absoluto.

ACTRIZ

Yo nunca quise ser otra cosa más que actriz. Mi mirada, alzada hacia la copa de un árbol, debía ser vista por los ojos de los demás. Cuando, estando sola en mi habitación, me daba la vuelta, me imaginaba cómo un estremecimiento corría entre las masas de espectadores. Cuando alargo el brazo, de modo que por una vez se ve realmente como un brazo alargado; cuando inclino el oído hacia alguien, de modo que realmente mi oído se convierte en un oído que se inclina hacia alguien; cuando te puedo mirar con mis ojos, con estos ojos de aquí, entonces no sólo estoy imaginando sino que estoy sintiendo, siento que lo que en esos momentos estoy encarnando —sí, porque en esos momentos no estoy haciendo nada, simplemente estoy encarnando algo—, yendo más allá de ti, se está dirigiendo al mismo tiempo a un público que se encuentra a mi alrededor llegando hasta el horizonte, un público que se alegra de mi verdadero momento o se aflige conmigo, bueno, y si no es así... sí, eso es, por lo menos está teniendo los mismos pensamientos que yo tengo en esos momentos: ¡Sí, así fue una vez! Alguien que representa una escena, pienso, es alguien que representa

una verdad, algo que ocurre muy raras veces.

ACTOR

Sí, eso es lo que me ocurrió a mí también una vez, lo recuerdo. Si alguna vez lograba tener un sentimiento de verdad, entonces quería que con ese sentimiento, con su brillo en los ojos, con su calma en los labios, con su vibración en la voz, me filmaran en aquel mismo momento, en una gran toma que tuviera que ser transmitida inmediatamente a enormes pantallas en los estadios de todo el orbe de la tierra. Ganas de representar no tenía, porque no quería actuar y representar héroes sino, por fin, durante más de un par de segundos tomar en serio lo que estaba haciendo y conseguir que el mundo sintiese esto conmigo. Pero ahora casi he perdido esas ganas.

ACTRIZ

A mí me pasa lo mismo. Desde que soy actriz, casi nunca me ocurre lo que me ocurría antes cuando esto aún no era mi profesión; entonces, moviéndome adecuadamente en el lugar que debía, abrazaba todo un mundo. ¿A ti también te han explicado tus profesores que sólo llega a ser un actor del que cada uno del público puede decir: «¡éste es mi actor!» aquél que —la permeabilidad en persona— sabe repetir de un modo depurado en una luz visible lo que, desde su más tierna infancia, ha sentido ocurrir en una luz invisible? ¿No es verdad que de ese modo, al final, el actor que vuelve a casa no es él sino los espectadores, y además convencidos de ello, porque sólo a través de él, el creador-de-permeabilidad, han comprendido que también ellos están encarnando todo eso una y otra vez, y que sólo en esos momentos en los que son actores se experimentan, a sí mismos y a los que les rodean, como los héroes y solitarios que en realidad somos, nuestra madre, nuestro padre, nuestro hermano, nuestros vecinos? ¿Y a ti no te han hecho ver tus profesores que nosotros, los actores de hoy, no somos capaces de conseguir la permeabilidad?, ¿que ahora nuestros ademanes ya sólo nos muestran a nosotros mismos en vez de salir hacia fuera, hacia un espacio?

ACTOR

señala: ¡Mira aquella liebre, nuestra viva imagen! ¡Mira cómo sus orejas en punta dejan pasar la luz!

ACTRIZ

¿Que todas esas palabras con las que se contaban aquellas grandes historias de antaño, unas palabras sin las cuales no hay historias —«bendición», «maldición», «amor», «ira», «mar», «sueño», «locura», «desierto», «lamento», «sal», «misericordia», «paz», «guerra»—, para nosotros, los de ahora, se han convertido en extranjerismos y el último sentido que les queda lo seguimos destruyendo pronunciándolas lamentablemente mal o dejándolas caer sin más, como se hace en las chácharas que se oyen en las zonas peatonales? ¿Que somos incapaces de representar aquellas frases

largas y complejas que son las únicas en las que de un modo renovado aquellas palabras vuelven a encontrar su lugar?

ACTOR

lo intenta: Al igual que existe la felicidad —que yo la he vivido—, existe la miseria —que yo la he vivido—, y yo también he vuelto ya a casa después de una guerra, tras lo cual el mar me ha acariciado como a su hijo, de manera que me convertí en la gratitud en persona...

ACTRIZ

¿Que a nuestros cuerpos hoy en día ya no les acompaña aquel halo de silencio en el que los espectadores se pueden encontrar, sino que son, o bien una masa inabordable o bien monos que atraen a la gente hacia sus jaulas?

ACTOR

¡Yo siempre quise ser el tercer cuerpo!

ACTRIZ

¿Que nos faltan las derrotas que nos enseñan a dudar y que son las que hacen fecunda nuestra representación?

ACTOR

Yo vivo del fruto de mis heridas de la infancia.

ACTRIZ

¿Que actuamos como las réplicas fantasmales de nuestros antecesores?

ACTOR

Si hay en mí ahora una fuerza, es la de uno que comienza de nuevo.

ACTRIZ

¿Que con total desvergüenza y con la mayor naturalidad del mundo reclamamos como si fuera nuestra colonia aquello que nos han legado?

ACTOR

Si desde niño sé algo, y sin que me lo haya enseñado ningún profesor, es esto: que en el mundo no se puede poseer nada, ni tú ni nadie. Soy un entusiasta desposeído de todo. Y yo soy también uno de los de la región del asombro, uno al que nunca nada le resultará evidente y al que, si no encuentra nada que admirar, le invade la añoranza. Y mi añoranza anhela algo más fuerte que el simple asombro: anhela un pasmo tras otro. *Los dos se levantan.*

ACTRIZ

Y ante todo, para terminar, ¿a ti también te han dicho los profesores que nosotros, los de ahora, ya no conseguimos la permeabilidad de antes porque no volvemos a empezar con las preguntas desde el principio? (aunque, sin embargo, tienen en cuenta que el ritmo básico de nuestra respiración, de nuestra forma de mirar y de escuchar, como parece que les sucedía a ellos, y a los que estaban antes que ellos, es un ritmo que sigue siendo el de un continuo preguntar, un preguntar mudo, con la añoranza de un niño que está en camino hacia la expresión liberadora) ¿Pero que el hecho de permanecer callado y no preguntar no es, de nuevo, una de nuestras incapacidades, sino más bien —precisamente ahora, en los tiempos que estamos viviendo y que se caracterizan por su desvergüenza— las señales de vida de un temor originario? ¿Pero que este temor es lo más fecundo que tenemos —nuestro don particular—, el temor con el que nosotros, los de ahora, en los momentos decisivos, o bien callamos la pregunta adecuada o bien, en lugar de eso, planteamos una pregunta jocosa? ¿Pero que ya va siendo hora de que, utilizando el temor como brújula, nos pongamos en marcha y, con una seriedad concentrada y la mayor ligereza posible, representemos entre tragedias y comedias el drama de las preguntas, un drama aún pendiente que — ¿tus profesores también opinaban así?— ¿de ninguna manera debe incluir los conocimientos adquiridos anteriormente con los que cuenta una obra didáctica o el interrogatorio tramposo de un diálogo socrático? — ¡Nada de preguntas para ver cómo piensa uno, nada de trampas en forma de pregunta! — ¿Pero que no hay ningún inconveniente en que, al menos en algunos momentos de descanso, se incluya algo de cuentos mágicos o de farsas? ¿Pero que el carácter esencial de nuestro drama de las preguntas debe ser el de un viaje de exploración, y su tono básico, sin descuidar todo el rodeo indagatorio, el tono de un salmo? ¿Que en cualquier situación deberíamos considerar este juego de las preguntas como un volver-a-la-luz de nuestro mundo más oculto y recóndito? ¿Que de cualquier modo es mejor preguntar equivocadamente que dejar de preguntar: el primer caso es sólo una equivocación, pero el segundo es ya culpa?

ACTOR

Entonces empieza. Pregunta. Haz tú primero el papel de la que pregunta. Yo aún no estoy preparado. Así que pregúntame tú a mí. Échame una mano con tus preguntas. Pero empieza con poco; lo mejor será que empieces aquí, con nosotros dos. Y para empezar ve soltándote tranquilamente. No están examinándote. Tus compañeros de juego no son tus profesores sino gente que busca consejo, como nosotros. No hay ningún camino trazado. Puede ser que, con nuestra expedición, estemos haciendo lo mismo que hizo el Capitán Cook cuando buscaba el Paso del Noroeste, que no consiguió encontrar por más que buscó —sencillamente porque no existe. Nuestros antecesores ya sabrían por qué para ellos las preguntas no eran tema para un drama, porque de serlo sería un tema con tantas formas —que divergirían en tantas direcciones distintas—, que tal vez no haya manera de encontrar esa forma

continua, o que conduce a la meta. Pero tan imposible y sin sentido no puede ser nuestro viaje, porque, si no, yo no tendría tantas ganas de hacerlo. Para preguntar hay que caminar: salir de preguntas, a la calle, al campo... La idea que tengo yo de nuestro viaje de las preguntas es la de una excursión que las distintas generaciones hacen en el aire ligero y despejado de un altiplano; con lo cual nosotros volvemos a ser los viejos actores ambulantes; nuestras preguntas, un río que fluye de un modo regular, sin desniveles bruscos. Esto quiere decir que la luz y el aire nos son favorables. ¡Papel del drama de las preguntas, papel que he estado deseando, permite que yo sea capaz de encarnarte! Espíritu de las preguntas, permítenos a los de ahora que representemos contigo un juego indagatorio, lo necesitamos. Y, a diferencia de antaño, cuando los servidores del oráculo contestaban a nuestras preguntas en tu lugar tradicional, ahora no tienes que contestar a las nuestras, sólo debes ayudarnos a que cada uno se pregunte cuáles siguen siendo aún sus preguntas. Y ahora pregunta, mujer. Y ve más despacio; a partir de aquí es cuesta arriba. Y que tus preguntas sean ahora más breves que antes; eso también corresponde a subir una cuesta. Y comienza con descaro, como los niños pequeños, los borrachos y los idiotas. Y si no sabes cómo seguir, salta, o hazlo como nuestra liebre, la que ves allí en el horizonte. *Los otros, excepto PARSIFAL, también se levantan. LOS VIEJOS guardan sus sillas plegables en el baúl, con movimientos cuidadosos, como para no perturbar el comienzo del juego.*

ACTRIZ

¿Qué pensaste cuando me viste por primera vez?

ACTOR

Por fin tengo delante a aquélla cuya imagen siempre estuvo dentro de mí: la mujer que tenía que ser.

ACTRIZ

¿En qué lo notaste?

ACTOR

Tratándose de otra persona, siempre veo enseguida lo que me desagrada. Sin embargo, en ti no había nada que llamara la atención. Pero cuando esto me empezó a extrañar, me fijé mejor y quedé asombrado porque eras bellísima.

ACTRIZ

¿Y después?

ACTOR

Después sucedieron tres cosas, y las tres sucedieron al mismo tiempo: me sentí impulsado hacia ti, quería cogerte en brazos y llevarte conmigo para ir dejando juntos

un rastro de sangre y esperma por todos los rincones del continente, hasta el final de los tiempos, y a la vez deseé que me abandonaras enseguida y para siempre, para así poder quedarme solo con tu imagen; y la tercera cosa fue que yo mismo quise desaparecer en aquel mismo momento, quise salir corriendo por las colinas, marcharme de donde tú estabas, adentrarme en el peligro para buscar, no precisamente el Grial o el Vellocoino de Oro, pero sí algo del mismo valor; quería estar ausente durante años, en países desconocidos, y reunirme contigo en un tercer lugar después de haber conseguido en aquellos países llegar a ser de tu condición, como si la felicidad sólo se pudiera alcanzar dando estos rodeos. — Sigue preguntando.

ACTRIZ

¿Te imaginaste una unión?

ACTOR

No necesité imaginármela; en el momento fue cálida, ardiente. Pero en cambio vi, como un deleite más, que siempre iba a serte fiel y que nunca me iba a hartar de tu cuerpo. Tu trasero se volvería a redondear siempre bajo mi mirada; mi mano, al llegar a tu cadera, hasta el último momento se encontraría allí en casa. Y también vi: por fin ha llegado la íntima desconocida de los sueños, la que no hace nada salvo estar ahí y envolverme y acariciarme con su amor puramente carnal. Y enseguida vi también que nuestro placer iba a ser del agrado de los dioses —nada más grato a los ojos de los dioses que el placer de nosotros dos—, e incluso nuestras obscenidades iban a ser del agrado de los dioses; por eso, el dios o la diosa encargados iban a resucitar de entre los muertos e iban a participar con nosotros. Y a pesar de que hacer preguntas me satisface plenamente, y a pesar de haber cogido del todo el ritmo que tienen las preguntas, lo que supe al percibir cada una de estas imágenes fue que jamás en la vida iba a hacerte una pregunta como ésta: «¿me quieres?» o «¿en qué estás pensando?»

ACTRIZ

da un paso hacia atrás: ¿Y ahora?

ACTOR

también da un paso hacia atrás: Tengo la sensación de que llevamos ropa tan ligera que podríamos, sin mover siquiera una mano, entrar uno dentro del otro, sin más.

ACTRIZ

da un paso atrás: ¿Aquí, delante de todos?

ACTOR

da un paso atrás: Ellos no lo verán porque al hacerlo les pareceremos

transparentes. Y si lo ven, no se lo van a creer porque nunca han visto nada semejante. Cuando entremos uno dentro del otro será a sus ojos una danza que tiene lugar en un espacio muy reducido.

ACTRIZ

da un paso atrás: ¿Y después?

ACTOR

da un paso atrás: La expresión de suma entrega que habrá en tu rostro la tomarán ellos por una expresión de máximo desprecio.

ACTRIZ

¿Y después?

ACTOR

En nuestro interior veremos juntos una imagen que con cada respiración se irá haciendo más grande e irá teniendo más colores.

ACTRIZ

¿Y después?

ACTOR

Tú no gritarás, sino que te quedarás tan maravillosamente callada, que yo no me convertiré en mero apéndice de tu placer, y los espectadores te creerán.

ACTRIZ

¿Y después?

ACTOR

De la misma manera que uno a veces de repente ve cómo se mueven las hojas de un árbol, aunque en realidad ya habían estado moviéndose todo el tiempo, de igual forma tú, que en realidad llevas ya mirándome todo el tiempo, de repente te mirarás a ti y me mirarás a mí.

ACTRIZ

¿Y después?

ACTOR

Tendremos los ojos cerrados ante ellos, como si estuviéramos sumidos los dos en las mismas reflexiones, o como padeciendo juntos el dolor que se siente cuando se ha perdido algo o a alguien.

ACTRIZ

tras un silencio, inesperadamente, se dirige a PARSIFAL, que está al lado acurrucado: Mira, ¿crees que entre éste de aquí y yo, aun antes de que se haya hecho nada, cuando está dicho ya casi todo, de nosotros aún puede salir algo de carne y hueso?

PARSIFAL

se asusta y mueve la cabeza hacia todas partes, escuchando, como un niño cuando se despierta.

ACTRIZ

corre hacia él y, poniéndose en cuclillas, le dice al oído: ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para que nuestros cuerpos de adultos, entumecidos ahora por las repeticiones, incapaces de vivir el presente a causa de los recuerdos, puedan dar vida a las imágenes que aquel caballero desconocido veía en sus sueños y pregonaba al mundo entero?

PARSIFAL

ha escuchado la pregunta con atención, moviendo la cabeza a un lado y al otro; a continuación imita el ritmo de la pregunta dando golpes con los nudillos.

ACTRIZ

¡Oh, se me olvidaba, preguntas breves! ¿Cuánto tiempo? ¿Qué clase de tiempo? ¿El tiempo mágico que se mide en viajes que se hacen durante el día, claros de bosque y miradas ardientes de fieras salvajes?

PARSIFAL

asiente y niega con la cabeza, todo en uno.

ACTOR

desde lejos: ¡Preguntas que admitan respuesta!

ACTRIZ

tras una larga pausa se dirige a PARSIFAL: ¿Quién te ha echado de casa?

PARSIFAL

se queda paralizado.

ACTRIZ

tras una larga pausa: ¿Te han abandonado, como a un perro en la autopista cuando llegan las vacaciones de verano?

PARSIFAL

esquiva a la que le hace la pregunta.

ACTRIZ

le muestra el gesto que hace ella siempre, como para tranquilizar a alguien: la mano derecha en el hombro izquierdo: ¿Me tienes miedo?

PARSIFAL

da manotazos, como para espantar un insecto.

ACTRIZ

¡Ah, se me olvidaba, hay que saltar mientras se hacen las preguntas! — ¿Cuáles son tus colores?

PARSIFAL

se da palmadas en la mejilla.

ACTRIZ

¿Vas siempre descalzo o es que te han robado los zapatos?

PARSIFAL

se encoge haciéndose un ovillo y golpea la frente contra el suelo.

ACTRIZ

*se va hacia un lado: Me doy cuenta de que no soy capaz de preguntar. A pesar de que uno de mis profesores me puso una vez como ejemplo ante todos porque decía que yo era la única que no aceptaba las cosas sin más y siempre quería saber el porqué. Pero al parecer aquello era otro tipo de preguntas. ¿Es posible que el hecho de que ahora yo no sepa preguntar tenga que ver con el hecho de que nunca he sabido consolar a nadie?, ¿de que nunca encontraba las palabras de consuelo adecuadas? Entonces ¿tendré que pasarle a otro el papel del que hace preguntas y, por el momento, limitarme a caminar callada por las colinas? El lema de mi región es: «¡mirar y callar!» *Sigue yéndose hacia un lado.**

EL AGUAFIESTAS

se acerca a PARSIFAL: ¡Pero si todo el mundo sabe con qué pregunta se empieza para tranquilizar a un niño y a un idiota que se ha perdido y está muerto de miedo, para que al menos le escuche a uno! (Le pone a PARSIFAL la mano en la cabeza; éste la esconde aún más entre los hombros:) ¿Cómo te llamas?

PARSIFAL

se incorpora de repente y le enseña los dientes con gesto amenazador.

AGUAFIESTAS

primero vuelve a dirigirse a los que están a su alrededor: Por experiencia propia, que he ido acumulando durante muchos años, sé lo que tengo que preguntarle a uno a

quien no le caigo simpático. — ¿Vive aún tu madre?

PARSIFAL

se pone de pie de un salto y le coge por el abrigo.

AGUAFIESTAS

lo mejor que puede, se dirige a los que están a su alrededor: Desde mi más tierna infancia de prófugo sé que a los perseguidores se les apacigua, o al menos se les desconcierta, soltándoles la pregunta por el lugar donde han nacido, pero no por la patria grande, sino por la patria chica, o más aún, ese lugar pequeño, el lugar de nacimiento más pequeño que uno pueda encontrar: el pueblo, el barrio, la calle... (A PARSIFAL:) A ver, ¿dónde has nacido, exactamente?

PARSIFAL

está desconcertado pero no le suelta.

AGUAFIESTAS

¿A dónde daba tu habitación?, ¿al Norte, al Sur...? ¿El sol entraba por las mañanas o por las tardes?

PARSIFAL

acerca la mano al cuello del otro; se ve que recuerda, mudo.

AGUAFIESTAS

¿En qué parte de la casa te gustaba más estar? ¿Dónde te encontrabas más a gusto cuando querías estar solo? ¿Cuál era el rincón donde no tenías miedo?

PARSIFAL

tras una pausa, de repente sonrío; luego vuelve a sonreír más veces y finalmente respira hondo, después de lo cual deja caer la mano que agarraba el cuello del que tiene delante.

AGUAFIESTAS

¿Qué veías cuando mirabas por tu ventana?

PARSIFAL

poco a poco se va sumiendo en sus imágenes y las acompaña haciendo señales con el dedo, como si estuviera escribiendo.

AGUAFIESTAS

Cuando estabas sentado en tu rincón, ¿qué oías desde allí?, ¿cuál era el tono general de todo lo que oías?

PARSIFAL

al cabo de un rato empieza a emitir un sonido con la boca cerrada, una especie de zumbido, en un tono sostenido que cada vez es más fuerte y sonoro, hasta que llena el espacio y cesa; después de esto Parsifal, sin estirar los brazos hacia delante, cae al suelo y se queda allí tumbado.

AGUAFIESTAS

hablando a los que están a su alrededor: ¿Habéis visto? Todo preguntas acertadas. Con todas he dado en el clavo. — Y ahora, siguiendo mi cura de baños turcos, sólo me queda encontrar justamente las preguntas equivocadas para que esta criatura solitaria comprenda las reglas del juego por un efecto de choque, abandone su isla de destierro y venga a jugar con nosotros de una vez. (Se dirige a PARSIFAL, inclinado:) Niño Parsifal, en tu región, ¿por dónde pasaba la frontera más allá de la cual de repente amainaba el aire de la patria, se volvía gris la luz de la patria y tú te encontrabas arrancado de tu rincón de colores y llevado a un lugar descolorido y caótico?

PARSIFAL

mientras sigue tumbado, alza la cabeza como para imaginarse una línea fronteriza de ese tipo; después pega un bote hacia un lado y aparta al Aguafiestas a patadas.

AGUAFIESTAS

Niño Parsifal, ¿a quién echas la culpa de tu herida incurable?

PARSIFAL

de repente, da golpes contra el suelo con una cadena, haciendo mucho ruido, y después se levanta despacio.

AGUAFIESTAS

huye hacia un lado, y desde allí, después de una pausa, dice: Hijo Parsifal, ¿qué te pasa?

PARSIFAL

empuñando la cadena, lentamente va derecho hacia el otro, que ahora sigue apartándose mientras hace una demostración de su repertorio de modalidades de fuga.

AGUAFIESTAS

mientras se detiene repetidas veces durante una de las demostraciones, dice a los que están a su alrededor: ¡Tranquilos, tranquilos, soy dueño de la situación! Pero, al verse acorralado, se refugia entre ellos, que le rodean formando un círculo.

PARSIFAL

agita la cadena en el aire; camina tambaleándose, enloquecido, hacia el grupo, que se retira en todas las direcciones del escenario.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

le corta el paso y señala con el brazo en una dirección: ¿Ves aquel gorrión que se columpia en una hierba? ¿Y ahora allí, en un pararrayos?

PARSIFAL

mira.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

en un tono de hombre de mundo, a los demás: Según mi opinión, en un caso especial como éste hay que evitar sobre todo las preguntas con los llamados «pronombres interrogativos». En este aspecto sabemos que Parsifal es un niño escaldado. Por consiguiente, sólo se le pueden hacer preguntas que no empiecen ni con un ¿quién? o ¿qué?, ni con un ¿dónde? o ¿cuándo? y, desde luego, ni con un ¿cómo? o ¿por qué?, y que únicamente admitan respuestas con sí o no.

PARSIFAL

hace pasar zumbando la cadena al lado de EL QUE MIRA DESDE EL MURO.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

después de haberse salvado con un salto, continúa enseguida preguntando, pero sin utilizar un tono de pregunta: Ves allí, detrás del dique, los postes eléctricos. Ves cómo al mirarlos comienzan a balancearse. Ves que son mástiles de barco. Que son de metal. Oyes el tintineo que hacen los alambres de las velas cuando chocan con el metal. Aparte de eso, no oyes nada más, ni tan sólo el crepitar de las velas. De un lado a otro de la bahía no oyes más que el chirrido de los alambres de acero desprovistos de velas que golpean los mástiles de miles de barcos, colocados unos junto a otros, casco con casco.

PARSIFAL

se ha calmado y escucha.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

de nuevo se dirige a los demás en un tono de hombre de mundo: Como hemos visto, cuando se le hacen preguntas hay que evitar toda entonación interrogativa. Parece ser entonces que él conserva aún algo de la naturalidad de aquellos pueblos que, si bien tienen preguntas como nosotros, no conocen nuestra línea melódica interrogativa, y para los que subir la voz al final de la pregunta, como hacemos los de ahora, expresa el descaro y la provocación del pueblo dominante, desacreditado en

todo el mundo, entre otras cosas, por la voz interrogativa que tienen sus hijos. *Vuelve con PARSIFAL, que sigue escuchando con atención: Bonito chirrido, ¿verdad?! Significa verano y libertad, (¿verdad?!) Libre de las cuatro paredes, del techo que te da cobijo, de las voces de los vecinos detrás de los setos, de los ruidos de los propietarios; libre de ser alemán, danés, turco y español, es verdad. Ya no sientes nostalgia, es verdad. Te tira estar bajo este cielo más libre, oyendo este tintineo, y estar de camino con nosotros hasta la muerte, que se va alejando, ¿verdad?!*

AGUAFIESTAS

sale de la protección que le habían procurado los otros: Y las gotas de sangre en el camino, al abrir una lata de conservas, las interpretarás también como señal de que estás libre y vas de camino, ¿verdad?!

PARSIFAL

levanta el brazo y golpea a EL QUE MIRA DESDE EL MURO en los pies, que éste lleva protegidos con polainas de viaje.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

retrocede, pero no para escapar sino para vigilar así mejor a PARSIFAL, que está ahí parado, como si estuviera ciego; después mira hacia atrás por encima del hombro y luego hacia delante; repite varias veces estos movimientos con la cabeza: Desde mi punto de vista, yo también tengo la culpa de este golpe. Probablemente en nosotros hoy en día ya es innato el tono interrogativo, y ya no podemos deshacernos de él, y probablemente, contra nuestra voluntad, se ve hasta representado en nuestros cuerpos. Así que ahora continuad preguntando vosotros, los viejos. Tal vez exista aún algún parentesco entre vosotros y ese salvaje. En cualquier caso, parece que él, igual que vosotros, es también de la región de los llorones nostálgicos. Desde mi punto de vista, está en vuestro poder, el de los viejos, enseñarle a ese pequeño hombre primitivo los beneficios que aporta hacer preguntas, para que se sienta como en casa mientras esté de camino con nosotros.

AGUAFIESTAS

¿Quién dice que eso sea la nostalgia? ¿Tal vez, lo único que pasa es que no soporta que le hagan preguntas, sea de la forma que sea?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Interrumpir las preguntas ahora no es posible. El juego debe continuar.

AGUAFIESTAS

¿Por qué?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Nos hemos metido a hacer preguntas, y sin preguntas ya nunca más podremos salir de hacer preguntas.

AGUAFIESTAS

Pero ¿con preguntas sí?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Sí, con preguntas de vez en cuando sí. Y al hacer preguntas, al mismo tiempo seguimos en el juego. Y controlamos las jugadas. Generosos con el significado de las palabras. Siempre saltando a otra pregunta, una pregunta que no tenga nada que ver con la anterior. Pero siguiendo una regla. Que primero hay que buscar. Por medio de nuestro juego. Preguntando una y otra vez. Para que, por lo menos de vez en cuando, podamos simplemente estar ahí y descansar sin hacer preguntas. *Hace sitio a LOS VIEJOS.*

LOS VIEJOS

canturrean, una vez uno, otra vez otro: Nunca he cantado por propia iniciativa hasta que la muerte de un vecino me hizo cantar. — Nunca he cantado por propia iniciativa hasta que el hastío de la vida me hizo cantar. — Yo caminaba por los campos cerca del moribundo y de repente empecé a cantar. — Yo estaba en la cocina, callada, con mi hastío de la vida, y de repente empecé a cantar. — Yo, envuelto en la luz del moribundo, me apartaba cada vez más de él mientras, por los campos segados, iba cantando un canto de victoria. — Yo, en mi lucha contra el hastío, andaba por la casa bailando mientras cantaba con la boca cerrada, en voz alta, y todos se sorprendieron de mi repentina alegría. — Mi canción era una canción sin letra que se iba convirtiendo cada vez más en una canción a voces; mientras cantaba daba fuertes patadas en el suelo, y, con su resplandor, la luz del moribundo me descubría los rincones más ocultos que había cerca de las cabañas. — Sólo los animales de la casa se escondían ante mi murmullo ininterrumpido, y los pájaros se acurrucaban callados en los árboles, y en la calle los niños, en lugar de saludarme, cuando me tenían delante se apartaban hacia un lado. — Envuelto en la luz del moribundo y cantando a voces, me separé de él hasta llegar más allá del tercer pueblo, siguiendo el zigzag de los senderos; lancé a gritos la canción de la muerte sobre un estanque de aguas negras, liso como un espejo; la canción retumbaba en un bosque claro como un espejo, y cuando finalmente me encontré, ya callado, en tierras baldías, detrás de un espejo sentí en algunos momentos correr por mi cabeza, aquí, el aire de Emaús, pero cuando regresé por la noche se oían todavía los jadeos dentro de la casa; seguía tieso el remolino de pelo de una persona en su agonía de muerte; aún no era el remolino peinado y aplastado de los meros restos mortales. — Y después de haber echado fuera todo el hastío de la vida, a fuerza de cantar con la boca cerrada, en casa me esperaba, por una vez, en lugar de los trastos que no hay manera de limpiar, la casa limpia y ordenada que me permitía dedicarme a otras cosas; la puerta apareció de

nuevo adornada con una corona; el amor, una vez más, cruzó el umbral de la puerta llevándome en sus brazos; el mundo, en forma de plato, me sonreía. *Pausa.*

PARSIFAL

balbuceando y tartamudeando primero, empieza a hablar de manera inteligible: Padre nuestro que estás en los cielos – Aquí vigila un doberman – Es suave y tiene buen sabor – Serena, la noche llegó a la tierra – Sólo en días lectivos – No me gusta estar en el lugar de donde procedo – Pero una palabra tuya bastará para sanarme – Lejos, tan lejos de la patria – Peatones por el paso subterráneo – Fue el día más hermoso de mi vida – Cuando uno hace un viaje – A y B toman el té – En la noche, a lo lejos, una sonata – Alegre es la vida de los cíngaros – Ardiente arena del desierto – Para segregar de un tejido el equivalente a un gramo necesito 96 500 kilocalorías – Lo pega todo – Así como en la hora de nuestra muerte – De donde nadie regresa – Si uno todavía se ríe – Cuando la necesidad es extrema – Ande yo caliente y ríase la gente – De noche a orillas del Busento – Non é possibile – Et moi et moi et moi – Viajar es cultura – Dober dan – $E=mc^2$ – Aquí por desgracia tenemos que quedarnos fuera – Tomó el pan, lo partió – Donde encontré a mi amada – Phalatrsnawayragya – Si no el cazador vendrá por ti – Siguiendo parada: Hakubutsukandobutsuen – Toisin autoisin potamoisin epibainusin hetera kai hetera hydata epirrhei – Somewhere I lost connection – Miserere nobis – ¡Ojalá nunca más volviera a estar solo! *Las palabras de Parsifal, a la vez que las pronuncia, parecen un intento incesante de quitárselas de encima. Pero cuanto más quiere deshacerse de ellas, más siguen saliendo. Incluso ahora, al callarse, se ve que en su interior las palabras continúan saliendo sin parar. Sigue estando como ciego; finalmente se da golpes en la cabeza, primero con el puño, luego con la cadena de perro.*

LA ACTRIZ

Parsifal corre como un loco alrededor del pino, ella le cuelga un espejo en el árbol.

PARSIFAL

se detiene; ve sus ojos; se contempla un buen rato en el espejo, o simplemente se mira a los ojos. De esa misma manera ahora mira a su alrededor y luego suspira; es un largo suspiro de alivio, realmente artístico.

AGUAFIESTAS

interrumpiéndole: Abre la boca y cierra los ojos. Todas las miradas están puestas en ti, esperando. Quedas suplican mis canciones. Déjame mirarte a los ojos. Me hechiza la belleza de esta imagen. Bajo un paraguas en la noche. No mires atrás. Más luz. Hacia afuera, amigo. Dame la mano, vida mía. Tinieblas egipcias. Gnothi seauton. Olio extra vergine d'oliva. Última gasolinera antes de la autopista. No contamina. Que el hombre sea noble. ¡Perestrojka! Verde mar...

PARSIFAL

que primero había retrocedido y está ahí con los brazos colgando, como intentando esquivar de vez en cuando las palabras con la cabeza, ahora se pone en camino acercándose paso a paso al grupito de los otros, muy despacio, arrastrando por el suelo el cabo de la cadena de perro.

AGUAFIESTAS

desde dentro del grupo le dice: A ver, cálmate. ¿No ves que debo mantener en marcha el juego? Nada de curaciones milagrosas durante nuestro viaje. Nada de salvaciones que se consiguen fácilmente con coros hablados y trucos de espejo. Hay que mantener nuestras heridas abiertas el mayor tiempo posible. ¿No ves que dentro de mí y de ti esas palabras no son más que la enfermedad de las preguntas? Hoy en día, los centros de interrogación que llevamos dentro están enfermos. Han pasado a la cabeza. Ya no pueden formular preguntas correctas. Por eso han estallado en nuestras cabezas, convirtiéndose en la tortura de la mera palabrería. Que sofoca todas las preguntas. Que devora los corazones. Que acabará con nosotros si, en vez de apartar nuestra atención de la herida, no intentamos estudiar a fondo sus causas. Si no seguimos investigando nuestra enfermedad de las preguntas con empeño e ira. Porque tiene que haber una causa. Porque todo lo que es fortuito en nuestras vidas tiene que volver a ser una necesidad.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

asume el papel de este último: Hay que volver a edificar el palacio de las preguntas. Las estatuas de piedra de las preguntas tienen que tomar aliento y aguzar los oídos. La fantasía de las preguntas no debe continuar atada. No hay que talar el jardín de cerezos de las preguntas.

PARSIFAL

sigue su camino y comienza a agitar la cadena.

EL ACTOR

sale del grupo, se quita las gafas de sol y busca la mirada de PARSIFAL.

PARSIFAL

se prepara para pegar.

ACTOR

después de haber dado un paso colocándose detrás de él, le retuerce la muñeca, de manera que la cadena cae al suelo e inmediatamente después se cae PARSIFAL.

EL VIEJO

se acerca enseguida y, como si fuera un experto en la materia, ata a PARSIFAL,

que está tumbado en el suelo boca abajo.

ACTOR

se aparta, tira al suelo las gafas de sol y se tapa los ojos con el brazo.

ACTRIZ

se acerca a él guardando una cierta distancia.

AGUAFIESTAS

se dirige a los que están a su alrededor señalando al actor: Supongo que ése, su rebelión se la imaginaba de otra manera.

ACTOR

le mira de un modo inquisitivo, como a un enemigo.

AGUAFIESTAS

se presta a que le miren de arriba a abajo.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

para distraer la atención, hace como si mirara a lo lejos.

LOS VIEJOS

intentando hacer las paces, le acercan las gafas al ACTOR y el espejo a la ACTRIZ: ambos rechazan lo que les acercan.

PARSIFAL

tumbado en el suelo, agita las piernas.

EL INDÍGENA

aparece en escena. Con la pluma que lleva en el sombrero y el bastón de avellano, parece un cazador; además lleva el bastón al hombro, como si fuera una escopeta. En el otro brazo lleva un abedul pequeño, con las raíces y todo, que van metidas dentro de una caja. Parece no ver al grupo y, mientras camina, va hablando a la copa de su árbol:

INDÍGENA

Aquí estamos. Aquí estamos en casa. Vas a estar bien conmigo. Aquí estamos en el lugar más apartado. Por un lado, detrás de las dunas; por otro lado, detrás del bosque. No estarás expuesto ni a la lluvia ni al viento, que te deforman; no habrá ningún venado que te destroce a mordiscos. Así que ya no tienes motivos para temblar, abedul. Como mucho, de vez en cuando te arrancaré un pedazo de piel que te sobre, y así, en los renglones hechos por la naturaleza, contestaré a las cartas de mis hijos, que emigraron. Y además, enseguida vas a tener compañía. Coloca el abedul

junto al pino y lo gira de manera que la rama de uno de los árboles, como si fuera un engranaje, se acopla con la del otro: Tu verde luminoso sobre su verde oscuro; sus astillas magnéticas entrelazadas en tus hojas de retoño; tus amentos rozando sus piñas; su imagen que se yergue altiva junto a la tuya que se estremece; el susurro de tus miles de hojas alternando con su silbido monótono. Anda alrededor de los árboles, contemplándolos. De repente aparece por detrás de los árboles, como con la máscara de un terrateniente; apunta al cielo con el bastón, como para disparar a los pájaros que pasen volando; se acerca al grupo dando grandes zancadas; mientras camina se oye el cencerreo de un enorme manojó de llaves que lleva sujeto al cinturón; finalmente lleva a cabo una serie de actos violentos: a PARSIFAL, que está tumbado en el suelo, le da golpes en las plantas de los pies; al siguiente lo hace retroceder con el bastón; a los VIEJOS les confisca los objetos que éstos llevan en la mano; a los que se le ponen delante los echa de su propiedad a empujones.

PARSIFAL

levanta la cabeza del suelo y le observa; parece haberse tranquilizado al ver el espectáculo de uno cuyo comportamiento es aún más descabellado que el suyo.

INDÍGENA

interrumpe su escena con una sonrisa y, abriendo el puño en el que guardaba unas bayas, en un gesto de hospitalidad, ofrece a cada uno una de ellas; devuelve los objetos que había confiscado y hace una reverencia quitándose el sombrero; al quitarse el sombrero deja al descubierto un vendaje que lleva en la frente: Soy un indígena, pero no por eso me creo superior a los demás. No voy por ahí lanzando miradas amenazadoras a cada forastero que me encuentro, como diciendo: ¡ay de ti si no saludas primero! No miro por entre las cortinas porque no tengo cortinas. No tengo ningún rótulo que advierta de la presencia de un perro al que su propio dueño llama «peligroso». No tengo casa, sólo un jardín allá lejos, en aquel paraje virgen, con una cabaña; la puerta es tan pequeña que siempre me doy en la cabeza al entrar. Tal vez no se me note, pero yo aquí también soy un forastero. A pesar de que me complace tanto dar información, no se me puede preguntar nada, porque siempre indico mal el camino. Cuántas veces, después de haberme dado cuenta de que mi información era equivocada, me he escondido detrás de los arbustos huyendo de la ira de aquéllos a quienes hice extraviarse con mi explicación. Mi mujer me ha abandonado porque, según ella, miro de una manera extraña. Mi hija ha emigrado; mi hijo está en la legión extranjera. Soy un indígena, y soy terriblemente intranquilo. No aguanto estar en casa y voy vagando por ahí, sin rumbo fijo, y en todas partes estoy mal; por eso vuelvo a casa arrastrándome, y al volver siempre me equivoco de desviación. Los demás me llaman «el Atlas errante». Todo eso se debe a que, cuando apenas era un niño, me metieron en un centro penitenciario para jóvenes, allí, detrás de las montañas, no, allí, ¿o era allí?, durante cinco años, dos meses y tres días, por

parricidio. Maté a mi padre partiéndole el cráneo con un hacha mientras dormía. Todavía, cuando me entero por el periódico de algún suceso parecido, en mi pensamiento vuelvo a levantar el brazo con el hacha en la mano y digo: «¡eso es!» Cuando salí de la cárcel y volví a casa ya no tenía párpados en los ojos, y no me han vuelto a crecer hasta hoy. Mirad. Para ocultarlo, cada vez que me topo con alguien, vuelvo la cabeza y miro hacia otro lado. Por eso me llaman también «el hombre que mira cómo pasan los trenes», o «el terror de los niños». Sólo cuando veo forasteros, los párpados, tan blandos y pesados, vuelven a cubrir a veces estos irritados ojos. Cuando os vi desde lejos tuve miedo de que fuerais indígenas, y ya quería dar media vuelta, como si se tratara de perros que reposan en el camino. Pero luego reconocí en vosotros, ¿cómo diría?, un grupito de forasteros decentes. Y ¿en qué noté que erais forasteros? En que vuestras voces eran regulares. Aquí los indígenas, o hablan a voces, o cuchichean. ¿Cuándo llegó a este lugar ese cuchicheo? ¡Gracias a Dios!, forasteros, pensé. Encontrarme con vosotros, ¡cuántas veces esto me ha hecho entrar en razón! Se acabó el vagar por ahí; se acabaron los golpes en la frente al chocar con el marco de la puerta; se acabó el señalar hacia un Norte que en realidad es el Sur. Horizonte de los ojos bondadosos, de los ojos bien abiertos por las ganas de caminar que tenéis vosotros, los forasteros. Aunque ellos no me miren: una hilera de colores que hablan. Con ese lenguaje tengo suficiente — ya no necesito hablar más, ni con los animales ni con las plantas. Mi mujer, si me viera ahora, se acordaría de que una vez me amó. Vosotros, los forasteros, me sois familiares; os conozco a todos. *Se dirige al VIEJO*: Tú eres ése del que se cuenta una y otra vez que había muerto y que, de repente, aparece y busca un ternero que se ha extraviado. *A la VIEJA*: Tú eres la que le compra un helado a su nieto y, de paso, te tomas tú misma una copa entera. *A EL QUE MIRA DESDE EL MURO*: Tú eres uno que tiene tanta prisa por comunicar a los demás su entusiasmo por las cosas, que con anterioridad ha estado expresando ese entusiasmo en silencio, una y otra vez, de manera que luego ya no encuentra el momento adecuado para manifestárselo a los demás. *Al AGUAFIESTAS*: Tú eres uno que, siempre que puede, les dice a los demás a la cara todo lo malo que piensa de ellos, y en su ausencia hace todo lo posible para fingir que los aprecia mucho. *Al ACTOR*: Tú eres ése que siempre ha querido hacerse invisible, como por arte de magia, y el que, al mirar a los demás, enseguida los convierte, o bien en amigos o bien en enemigos. *A la ACTRIZ*: Tú eres ésa de la que no debo decir nada, salvo que tal vez no seas de las que, sólo con la entonación de su voz, o las manos en las caderas, delatan su profesión. *Se inclina hacia PARSIFAL*: Él es el único del que no puedo decir nada. O sí: del remolino de pelo que tiene en la coronilla. Mi hijo, el que está en la legión extranjera, ya no tiene un remolino como ése; el peluquero del cuartel se lo recortó. Y los peluqueros indígenas también tienen el afán de alisar y tapar esas muestras de rebeldía. Sólo en ocasiones, cuando por ejemplo pasa un autobús escolar, sobre todo al entrar en el puente, cuando en todo el autobús los remolinos de pelo se levantan de repente a un tiempo, en esos momentos aún veo

iluminarse esos oscuros corazones del mundo. Un nuevo conocimiento del hombre debería comenzar con esos remolinos de pelo. Peluqueros, ¿qué habéis hecho con nuestros remolinos de pelo, las últimas plumas de indio que nos quedaban, esos casquetes de judío que tenemos desde que nacimos? *Quita a PARSIFAL la cadena con la que estaba atado; le ayuda a ponerse de pie y lo conduce al fondo de la escena, a una parte que está inclinada hacia arriba, como formando una rampa, detrás de la cual no hay nada. Allí empieza a dar patadas en el suelo: se oye un bramido de metal, como de un puente basculante, al tiempo que la rampa se balancea. Se ve claramente que PARSIFAL, ahora solo allí arriba, con el movimiento del suelo se está columpiando de un lado para otro. El INDÍGENA, que permanece cerca de él, indica a los demás con un gesto que guarden silencio: se oye un zumbido grave y un tintineo como de raíles por los que se acerca un tren. Sin que se vea, el tren pasa con gran estruendo, y una vez que ha pasado aparecen volando por el escenario trozos de papel y de periódico, mientras que aún se sigue oyendo el tintineo sonoro. Como esperando que suceda algo más, PARSIFAL sube y baja por el puente basculante dando fuertes patadas, mientras mira a su alrededor como buscando al indígena para que le dé una explicación.*

INDÍGENA

Tranquilízate, niño. Por allí atrás vendrá pronto el siguiente tren.

PARSIFAL

inmediatamente emprende la marcha hacia allí; con un movimiento de la cabeza invita a los demás a que le sigan. Como si estuviera impaciente, espera a que los otros se agrupen. Éstos se agrupan tranquilamente en un arrebató de alegría. La VIEJA se desata el pañuelo que lleva en la cabeza y se lo pone a la ACTRIZ joven en el cuello; ésta, por su parte, le coge el bolso; el VIEJO le pone a PARSIFAL su sombrero y se pone las gafas de sol del ACTOR. PARSIFAL y el VIEJO, con la mano en el hombro del joven, encabezan el cortejo, que ahora, despacio y ceremoniosamente, se pone en marcha, mientras suena una nota sostenida, la nota más grave, de una armónica gigantesca que el INDÍGENA, como por arte de magia, ha sacado de su jubón. El ACTOR y EL QUE MIRA DESDE EL MURO llevan el baúl, sujetándolo por las asas, uno delante y otro detrás. El único que aún está indeciso es el AGUAFIESTAS.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

mirando, una vez hacia delante y otra vez hacia atrás, al AGUAFIESTAS y dibujando con todo el brazo lo que está viendo a lo lejos: Mira, allí, detrás del bosque, la luz del espejo. Y más allá, detrás de la colina, la cúpula celeste del nuevo día: ¡azul, azul y más azul! Y más allá, detrás del perfil que dibuja el puerto en la montaña, el viento que sube desde la patria de las preguntas. Y más allá, detrás del río, un tormo, con una mancha oscura que es un pequeño robledal, que al llegar

nosotros resonará de un modo renovado, como lo hace el oráculo en el lugar más apartado de Grecia. Así nos vamos acercando lentamente al silencio. Sin el silencio de allá atrás no hay imagen. Y sin la imagen no hay pregunta. ¡Arriba, extraño amigo, te necesitamos en los caminos de allá atrás! ¡Arriba el corazón! *Saca un libro de su cazadora y, mientras sigue caminando, lee en voz alta: «El duodécimo día de la quinta luna nos pusimos en camino desde Misushima para dirigirnos a Hiraizuma, pasando por lugares que conocíamos por poemas que habíamos leído, tales como Anehano-Matsu y Odae-bashi; sin embargo, parecía que el camino se había utilizado poco, salvo por cazadores y leñadores. Como no sabíamos dónde estábamos, nos perdimos y fuimos a parar a una ciudad portuaria llamada Ishi-no-Maki...»*

AGUAFIESTAS

indeciso, emprende la marcha por el sendero invisible que atraviesa la leve inclinación de la escena y por el cual los demás van subiendo despacio: Y la luz del espejo, apenas hayamos cruzado el bosque, será de un gris sucio. Y el cielo, detrás de la colina, estará a la altura de las alcantarillas. Y el viento de las preguntas, detrás del puerto, amainará en el instante en que llegemos nosotros. Pero eso sí, perros, avispones y serpientes. Y detrás del tomo del río, las orugas, con un ruido molesto, se pasarán día y noche retirando la gravilla. ¡Me tapo los oídos! — y, por cierto, ya no iba a oír tampoco el oráculo, por mucho que resonara. (Mira hacia atrás con su mirada de prófugo; después mira al suelo:) ¡Nada de mirar a lo lejos, eso sí que no! Me miraré a la punta de los zapatos mientras vaya caminando. (Levanta la cabeza, como sorprendido:) Extraño. ¡En realidad, me alegro! Sí, alegría por estar en camino. Pero si no hay motivos para alegrarse, ¿o sí? ¿El hecho de que me alegre en este instante no es sólo una señal de que dentro de un momento me voy a partir el tobillo, o de que un cazador me va a disparar? Alegría: ¿No querrá decir eso que de un momento a otro se va a cumplir el mal augurio? — Ya está ahí la conocida punzada en el corazón: el castigo por haber expresado mi sensación de bienestar. Y ya pasó la alegría. Y fíjate en este infeliz: ¿Entonces fue una equivocación que me alegrara? — Es curioso, cuando me encuentro bien, no me encuentro del todo bien. Todos abandonan la escena, mientras suena por última vez la armónica; por último, pasan agachados por entre el pino y el abedul; al pasar se despeinan con las ramas. De repente, PARSIFAL coge a cuestras al VIEJO.

INDÍGENA

observa cómo se alejan: Antes, marcharse significaba morir... — En realidad no es un mal grupo; todas las generaciones juntas: viejos, algunos de mediana edad, jóvenes, uno que es casi un niño. Un idiota, dos príncipes, uno cuya bondad es su forma de mirar imperturbable, uno que lo ve todo negro pero que es útil, dos campesinos que son expertos exploradores de rutas. — ¡Pero parece una ruta incierta, y lo débiles que están, sin armamento — y sin embargo van tan cargados, todos!

Cómo avanza balanceándose su barco por mares desconocidos. Y qué mal reciben, hoy en día y en todas partes, a la gente como ellos. Al que pregunta, al que indaga, lo reconoceréis, hoy en día, en que es un prófugo. (*Señala con el bastón el lugar por donde han desaparecido los otros:*) ¡Que sin negarlo puedan perder la pesadez, para lograr la ligereza! ¡Que lo que ocurra a partir de ahora les resulte más fácil y, sobre todo, que ellos mismos terminen siendo más ligeros! ¡Que haya más juego en su viaje de exploración! ¡Un verdadero juego! ¿No disponen ahora de su plazo de gracia? Pues que lo sigan aprovechando. ¡Bel Pacific! ¡Hay tiempo! ¡Adelante, que sigan hacia el interior del país! Y que de vez en cuando se les permita descansar de las preguntas. No van a estar siempre preguntando... (*Al ponerse de nuevo el sombrero, se produce un cambio en él. El bastón vuelve a parecer una escopeta; se oye el ruido del manajo de llaves; por la abertura trasera del jubón asoma brillante una cartuchera. Con la voz cambiada:*) Ellos, las heridas de las preguntas — y yo, el muerto a preguntas. Desde mis cinco años, dos meses y tres días en la cárcel de menores soy un muerto a preguntas — y una muerte por preguntas. (*Vuelve a romperle el cráneo a su padre:*) De mí, no vais a oír preguntas, y si las oís, en todo caso serán preguntas que no lo son de verdad. Yo sólo conozco preguntas que no sirven para nada. Y odio a todos los que preguntan. Ya no necesitamos a los que preguntan. Ya no necesitamos soñadores. (*Vuelve a transformarse — preso de pánico:*) ¿Dónde estoy? Forasteros, mostradme el camino hacia casa. ¿O sois otra vez los indígenas de siempre? Entonces, ¡pies, para qué os quiero! (*Se detiene un instante:*) ¡Viejo poeta migratorio!, tu «Sin hogar entre el cielo y la tierra / Dos caminantes»; pero ¿eso aún es así?, ¿a una persona solitaria todavía la acompaña su dios? *Abandona corriendo el escenario, primero en una, luego en otra dirección; finalmente sólo se oye el ruido que hace al chocar con algo. Mientras la escena se oscurece, se oyen lejos ladridos de perro y, por encima, el monótono graznido del azor.*

3.1

La escena se ha trasladado una línea de brújula más hacia el interior del país. Los dos árboles, que se han desplazado hacia el borde de la escena, ahora están junto a un tercer árbol, que puede ser un enebro o un saúco. El interior del país se caracteriza porque allí los árboles están apartados, y más aún los objetos que se encuentran detrás: lo que parece ser la última estaca que queda de una valla, un banco estropeado por la intemperie que está colocado de espaldas a la sala, un tope fijo como al final de un tramo de ferrocarril, una torre de frontera abandonada. Luz de finales de verano, como en las proximidades del círculo polar. Un gran cielo que, como una bóveda, cubre las cosas por todos los lados y les da formas claras y suaves. — En la luz de este último país fronterizo aparecen ahora EL QUE MIRA DESDE EL MURO y el AGUAFIESTAS, que han llegado andando por las traviesas de las vías. Entretanto, son ellos dos los que llevan el baúl, que depositan junto a los árboles. El primero, como siempre, tiene demasiado calor; el otro, como siempre, demasiado frío, y además enseguida este último se pone a explorar el lugar para ver si hay posibles caminos para huir.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

recorre la zona y después mira al AGUAFIESTAS, que busca una salida: ¿No te sientes aún en un lugar seguro?

AGUAFIESTAS

Ahora mismo sí. Pero sólo la sensación de seguridad me hace sentirme inseguro inmediatamente. Dentro de un instante puede empezar a sonar de nuevo uno de esos pitos. Mis momentos de despreocupación han sido siempre tan escasos, que me acuerdo de cada uno de ellos. Y esos recuerdos me abrasan como una culpa. Una vez, sin más, me puse a caminar campo a través y, por un momento de despreocupación, no sólo me sentí a gusto sino incluso bien acogido en aquel paisaje; pero he aquí que salía disparado hacia mí un perro enorme pegando ladridos, y encima por el otro lado apareció otro. ¡Muy bien!, me dije, y sólo la serenidad de ese «¡muy bien!» fue en ese momento lo que me salvó. — No, lo de husmear en busca de un camino para huir lo llevo en la sangre, es mi forma de estar presente en cuerpo y alma.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

A mí, en cambio, los momentos en los que estoy despreocupado me producen el efecto de una absolución. Estar despreocupado significa para mí: poder estar — poder chocar contra el suelo junto con la hoja que cae, picotear en la gravilla con los gorriones, verdear con la hierba verde, translucir con la nieve translúcida. Oración de la existencia, que consiste sencillamente en existir, aquí, ahora — mientras haya paz.

Mi «¡muy bien!» es lo contrario del tuyo: «no he mirado aún ningún libro, y la mañana dice: ¡muy bien!; no pienso más que en la mañana, y el mirlo dice: ¡muy bien!» Despreocupado, meto al pasar la cabeza en una pila llena de agua o meto el pie descalzo en un moñigo de vaca. Pero el mal de los males es para mí la preocupación. Un rayo mortecino que me estrangula el corazón. Comida de gusanos en mi interior que echa a perder mi alegría — gusano en el cerebro. — ¿Tú cómo sientes estas cosas? Pero ¿puedo hacerte esa pregunta?

AGUAFIESTAS

A mí, por desgracia, me lo puedes preguntar todo. Y, sin embargo, me gustaría tanto ser aquél del que siempre se dice: a ése no se le puede preguntar nada... *Como en un arrebató*: ¡Sí, maldita preocupación! Me ha envenenado la vida. En mí estás viendo al esclavo de la preocupación. Así que está ausente uno de los míos, ya me está invadiendo la preocupación por él, y entonces ya no sirvo para nada. Sin más ni más, abandono, por así decirlo, el terreno de juego; tiro las figuras y, en mitad del juego, sin que por ninguna parte haya peligro de jaque mate, muevo el rey y me rindo. Para mí, la preocupación la encarna aquella mariposa de puntos oscuros en las alas que, cuando aparecía, antes, en los juegos de los niños, quería decir, según la regla del juego, que había que dejar de jugar, y a la que en mi región llamaban «aguafiestas»... ¡Maldita preocupación! Es el tumor que hay en mí, que no revienta, sino que lo único que hace es supurar y supurar desde que me expulsaron del paraíso. ¿Crees que aún seguiría allí si el primer hombre, en lugar de responder como es sabido a la primera pregunta que se conoce en la Historia de la Humanidad: ¿dónde estás...?, simplemente, como nuestro compañero de viaje, ¿hubiera sacado la cadena y hubiera empezado su guerra contra las preguntas? Preocupación existencial: a menudo deseo una guerra o una enfermedad o cualquier otra desgracia para así, de una vez, poder librarme de toda preocupación. La enfermedad de la vida: la preocupación. Preocupación, mi desasosiego infructuoso. Y tampoco hay diferencia entre falsa preocupación y verdadera preocupación: la preocupación en sí es falsa. Sagrada aflicción, auxiliadora en el apuro: aparta de mí la preocupación, de una vez por todas. — Pero ¿dónde se habrán metido los demás que tardan tanto?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Crees que los dos viejos van a ser capaces de ir al mismo paso que nosotros?

AGUAFIESTAS

¿Y si se nos desploman, y tenemos que dar media vuelta a mitad de camino?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Y crees que nos daría tiempo a encontrar a alguien para sustituirlos?

AGUAFIESTAS

¿Y no crees que los dos jóvenes llevan ya tiempo anhelando salir de aquí, del interior del país, tan silencioso, para estar donde en este momento —el silencio precisamente acentúa ese tipo de sensaciones— habrá seguramente mucho jaleo, en las plazas de grandes ciudades, donde ellos puedan mostrar a los demás lo bien que están juntos?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Y si nuestros hijos ahora, más solos que la una, desde hace tiempo mudos de desesperación, andan errantes por aquellos parajes vírgenes? *Gritan hacia todas partes llamándolos, cada vez más fuerte. Finalmente les devuelven los gritos como desde muy lejos.*

AGUAFIESTAS

¿Y si sólo era el eco de nuestras voces?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

distrayendo la atención: Mira allí, qué bonito: la retama amarilla sobre la tierra rojiza.

AGUAFIESTAS

Seguramente será aulaga. *Sin levantar la mirada:* ¿Qué más ves?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, los pelotones de cardos que, empujados por el viento, van rodando por una zona del desierto. Y allí, los ovillos de algas que van rodando por una playa de arena.

AGUAFIESTAS

Sólo viento, plantas marchitas y muertas. Pero ¿no hay por ninguna parte alguna señal de vida?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¡Aquel abeto; está vivo!

AGUAFIESTAS

Seguramente sólo lo habrán plantado para verlo morir.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero dime, ¿no es bonito?: los arbolitos gemelos en el jardín, que por lo demás está totalmente desierto; los troncos plantados a la distancia justa para que en el futuro se pueda contemplar entre los árboles el horizonte que hay detrás.

AGUAFIESTAS

Extraño ser que lo transfiguras todo: la distancia que hay entre ellos es más bien

la justa para que en el futuro se pueda colgar la hamaca. Y dale con tu naturaleza. Pero ¿no ves por ninguna parte un ser animado, algo que corra, salte, baile?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, en la playa, los dos perros, que están jugando. Y qué bien saben jugar los perros; pero mira, mira, ¡es realmente bello! Ahí tienes tu baile. Dando vueltas y a la vez avanzando alrededor de la tierra. Mira, ahora uno le pone al otro la pata en la cabeza, y ahora los dos juntos vuelven a avanzar, en la luz vaporosa del rompiente del mar; de roca en roca juegan y bailan. ¿No crees que encarnan todas las ganas de existir del mundo?

AGUAFIESTAS

Yo ahí sólo veo un acoso. Dos vagabundos. Les echan de todas partes. Abandonados de tanto estar solos. Y cuando su época de jugar haya terminado, en sus ojos, en lugar de las ganas de existir, toda la tristeza del mundo. ¡Esos de allí son nuestra viva imagen, con las orejas gachas en lugar de orejas en punta!

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero mira, el sol de medianoche. Las islas en la corriente. El país de los enebros. ¿A ti no te parece también bello estar aquí? ¿La belleza como posibilidad, la belleza como lo Completo?

AGUAFIESTAS

Sí, de momento aún es tan bello... Bello como en los últimos días. Pero luego, ¿qué vendrá? Imagínate por un momento: todo el tiempo aquí. El invierno, las heladas, la nieve...

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Qué bello es cuando nieva: cuando la nieve te cae en la frente, en los labios, en las muñecas...

AGUAFIESTAS

El tren en el que estamos de camino se quedará atascado. La calefacción se estropeará... Y tú siempre con tus animales. Pero ¿no ves por ninguna parte algún rastro humano?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

mira por unos gemelos de teatro: Allí, un niño. Mientras camina va dando mordiscos a un pedazo de pan.

AGUAFIESTAS

Deja ya tus niños. No está bien hablar de ellos. Ellos mismos no lo quieren. Y además, hoy en día ya no hay niños. — ¿No hay ningún adulto por alguna parte?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, un caminante, con un roto en el calcetín.

AGUAFIESTAS

Otra vez se trata sólo de mí. Otra vez un solitario. Pero ¿no ves por ninguna parte a unos cuantos reunidos a los que no les falte morada, sino que tengan un techo que les dé cobijo — aunque ese techo seguramente tenga goteras...?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, detrás de la ventana iluminada: y además son muchos, uno junto al otro. Todos miran embelesados hacia arriba, como si fueran testigos de una ascensión.

AGUAFIESTAS

Como que en los bares los televisores siempre están colocados en sitios muy altos... Y ahora, que traigan ya a los dos amantes — a pesar de que hoy en día apenas me los pueda imaginar: las falsas parejas de siempre, que parece que están totalmente ensimismadas, estarán abriendo siempre un momento los ojos, mirando de reojo a su alrededor y buscando testigos de su representación...

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí hay dos de verdad. — Y con ellos se mece el mundo.

AGUAFIESTAS

Sí, de momento.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Y qué bien se ríen.

AGUAFIESTAS

En su risa se adivina ya su inminente llanto. *Le quita al otro los gemelos*: ¡Ojos desarmados! Y no siempre lo que hay a lo lejos. ¿Qué es lo que ves en el camino, a tus pies?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Una concha de Santiago. La concha de los peregrinos.

AGUAFIESTAS

Pero si ya sólo hay falsos peregrinos, organizados, motorizados, climatizados, desinfectados... Y, ya por aquel entonces, los auténticos peregrinos fueron muy pronto una minoría. En los cruces de caminos se mezclaban con ellos cada vez más bandidos camuflados con esta concha; los saqueaban y los mataban a palos antes de que llegaran a su meta.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Bah, peregrinos, peregrinos: tú mira la concha, lo que es la concha, la cosa – ¿no te parece bella? ¿No sientes tú también cómo, sólo por esa belleza, el corazón que llevas dentro se convierte en corazón?

AGUAFIESTAS

Eso era antes. Ahora ya no veo ninguna cosa, sino el logotipo de una gasolinera. Y si aún veo una cosa, es algo que puede servir de cenicero. — ¿Y qué más ves en nuestro camino?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Un tornillo.

AGUAFIESTAS

¡Pero si es un gusano seco! Cuando era niño, para mí era la prueba de que Dios no existe. — ¿Y eso qué es?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Huellas de caracol, como de plata.

AGUAFIESTAS

Huellas de muerte. — ¿Y qué más?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Una pluma de pájaro, negra, con seis puntos blancos dispuestos como los puntos del seis en los dados.

AGUAFIESTAS

Y la pluma es de un pájaro muerto, gris polvo. — Y sólo en este trecho éste es ya el tercer polluelo que me encuentro; los he ido contando. Los ojos cerrados aún, el cuerpo desnudo a excepción de eso que queda de una pluma. — Y ésa es precisamente la diferencia entre tú y yo: yo veo primero las señales de desgracia y calamidad, y tú no ves más que unas plumas bonitas esparcidas a lo largo de tu camino. El que mira desde el muro buscando lo bello; tarde o temprano lo vas a sufrir en tu propia carne. Tú y tus cosas bellas. ¿No se vuelve uno tonto de tanto mirar así?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Sí. Pero un tonto sano. Un tonto desarmado. En una ocasión, fui listo, estuve realmente enfermo de inteligencia y sabiduría, pero por mi forma de mirar he vuelto a ser tan tonto, duro de mollera y despreocupado como cuando era niño. Cuando consigo mirar buscando lo bello, entonces respiro el aire nuevo del día en que nací. El mundo, en ese caso, soy yo. Pero ¿a ti no te sucede eso también?

AGUAFIESTAS

Y en el instante en el que tú miras cómo pasan las nubes arrastrando espuma en su quilla, en la atmósfera un átomo de cloro se traga una molécula de ozono; en otro cielo derriban de un disparo un avión lleno de pasajeros, y en otro cielo, sin que aparezca el ángel encargado de conducir las almas a casa, mueren miserablemente miles de personas de las que se dice en la esquela, primero: «murió dulcemente», e inmediatamente después: «sus afligidos...». ¿Tu forma de mirar no significa abandono, en el sentido de: ya no contar para nada?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Cuando consigo mirar, dejo de estar solo. Lo bello me devuelve la mirada, me habla y me hace hablar. No conozco diálogo más digno del hombre que el que puede mantener con la belleza. *Aparte*: Lo sé, represento un papel ingrato. Pero alguien tiene que hacerlo.

AGUAFIESTAS

Hombre que mira y belleza, el gran dúo de la mentira.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Al revés: cuando descubro la belleza, en ese momento ella hace de mí algo verdadero. Y es que yo no quiero mirar, pero resulta que miro. Una vez, durmiendo, me morí. De repente verdecí ante mis ojos. Ah, pensé, el verdecer: entonces aún estoy vivo, lo de estar muerto sólo lo he soñado.

AGUAFIESTAS

Ésas son las imágenes que a uno le gustaría tener en el momento de morirse y que luego probablemente no tiene. *En otro tono*: Lo único que a mí alguna vez habría podido convertirme en un ser verdadero habría sido una mujer. Lo que hizo que me sintiera penetrado por el estar-vivo no fue nunca el repentino verdecer ante mis ojos sino el repentino convertirme-en-mujer. *A modo de respuesta a una pregunta silenciosa del que tiene enfrente*: Sí, fue hermoso ser hombre y mujer. Nada más bello enfrente de uno que una mujer. Qué tranquilo. Qué serio. Qué noble. Qué solemne. Cada uno iluminando al otro, sin aderezo. ¿Esto cuándo fue? ¿En qué siglo? — También esto es verdad: de esta preocupación por lo menos me he librado. Esta fuga al menos la he conseguido. Para empezar por lo menos. Lo peor para mí quizás aún no ha llegado. — Huir he huido siempre por cobardía, y si me he quedado ha sido por pereza. — Creo que a la larga no he estado a la altura de la seriedad de las mujeres. «Si eres capaz de no perder la seriedad, entonces eres mi hombre». Y yo, en los momentos decisivos, perdía la seriedad. Si estando con una mujer amenazaba la seriedad, huía inmediatamente. Quién sabe lo que es el anhelo de las mujeres, ¿qué otra cosa puede querer ser si no un fugitivo? Sólo estoy a la altura de la seriedad de

las preguntas, pero no a la altura de la seriedad de las mujeres. A las mujeres, por así decirlo, me las he dejado escapar, para siempre. Sí, gracias a Dios. Estos gritos por lo menos ya no los oiré más. Espero. — ¿No te ha llamado la atención el hecho de que las mujeres eviten hacer preguntas que exigen una contestación? — ¡Científicamente demostrado! En cambio, toda su existencia ha sido siempre una constante exhortación dirigida a mí para que yo entrara en cuestión. Dondequiera que aparecieran, esperaban con impaciencia a que llegara aquél que debía entrar en cuestión, y si alguien no lo hacía, o sólo aparentaba hacerlo, le despreciaban y se apartaban inmediatamente de él. Pero si te has decidido a entrar en cuestión, entonces empieza la historia de amor más seria del mundo. — Sí, no es nada fácil estar vivo y al mismo tiempo no entrar ya en cuestión. Entrar en cuestión es como adornarse sin tener joyas especiales. ¡Y tú tienes que entrar en cuestión y tienes que adornarte! No entrar ya en cuestión significa quedar abandonado. — No, nada de lamentaciones. Pero ay de mí, la cabeza sigue yéndoseme hacia este género de falsas promesas, hacia todos esos pechos y esas caderas y esas piernas; ay de mí que, viendo a una mujer hermosa, en mí se forma siempre un arco que se dirige hacia ella. — ¿No se dijo una vez: tus ojos me curarán? Pero actualmente ya no hay nada en mis ojos que retenga mi mirada; una cadera tiene a menudo más forma, una rodilla en la que se ven las venas tiene a menudo más expresión. — ¿Y por qué ya no entramos en cuestión, ni yo ni tampoco tú? Tú eres un solitario que cuida el jardín de sus propios ojos, y de ese modo nunca puede convertirse en el personaje de un drama al que la gente solicita. Aquél que está solicitado es «¡mi héroe!». Y yo, como fugitivo, estoy solicitado al principio. Pero a la larga lo está sólo el vencedor. «¡Mi héroe!» y «¡mi vencedor!». — Pero ¿puede ocurrir que un ser humano —como no sea quizás en el deporte— quiera ser en alguna parte el vencedor? ¿Y por qué me parece como si en esto hombres y mujeres fueran todos ellos cada vez más extraños los unos a los otros, y como si ya no hubiera ninguna historia de amor? ¿Por qué me parece que estar sentado y soplarle a una mosca cansada y vieja es estar en mejor compañía que con una mujer? ¿Por qué las mujeres ya no son, como antes, los mejores enemigos de los enemigos, sino que se están quitando la máscara continuamente y aparecen como los peores enemigos de nosotros mismos? ¿Por qué ahora tengo la sospecha de que son las mujeres las malas, las corrompidas? Pero ¿no es verdad que desde siempre ha habido un refrán que dice: «viento del Norte, la mujer más pura»? ¿O el refrán: «el sueño es un mundo y una mujer es una mujer»? ¿O bien: «un montón de niños es un montón de ojos, y un montón de mujeres es un montón de mujeres»? — Sí, yo ya no entiendo a las mujeres. Pero ¿eso no fue siempre así? Sí, sólo que antes este no entender era una forma de admirar, un maravilloso: «dime, ¿de dónde eres?» ¿Y ahora? Si todavía hay alguna que se dirige a mí, todo lo más es para gritarme a la cara: «¡no entiendes nada!, ¡no entiendes nada de nada!» ¿Ocurre esto porque hoy las mujeres hablan una lengua completamente distinta a la mía y, según esto, nosotros y ellas tendríamos las mismas palabras, pero unas palabras que en las mujeres significan ahora algo que se

me escapa? Hoy en día ¿qué es esto de una mujer? ¿Qué es lo que quiere en realidad esta extraña tropa? ¿Por qué son tan distintas? ¿Por qué sé de hombres que anhelan la pureza, y no de mujeres? Y sin embargo: siempre que yo me he sentido completo, ¿por qué ha tenido que ser siempre con esta espantosa corporación? Sin mujer, en cambio: incompleto del todo. Recordando lo que era entrar en cuestión: una mujer gigante estaba delante de mí y yo iba creciendo hacia ella, después de lo cual los dos nos fuimos cayendo lentamente al suelo. Recordando el momento en que uno ya no entraba en cuestión: de la Nada creció un monstruo y me atacó.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Por lo que a mí respecta, soy feliz en mi matrimonio, aunque a veces tengo sudores de muerte en los brazos de mi amada.

AGUAFIESTAS

haciendo el papel del otro, mirando asombrado a lo lejos: Mira allí, qué bello: por una vez una verdadera pareja.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿En qué lo notas?

AGUAFIESTAS

En las vacilaciones de él. En la timidez del uno frente al otro. Nunca he comprendido por qué Hamlet sufrió tanto con sus vacilaciones. Pero no hay que olvidar tampoco que él no amó nunca.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

haciendo el papel del otro: Pero ¿no son los dos nuestros? ¿Y en ellos la timidez no es mera ficción?

AGUAFIESTAS

haciendo el papel del otro, imitando a la pareja lejana con una especie de danza manual: La timidez no se puede fingir. — Y a mí me parece que están todavía empezando. ¡Está bien que sea así!

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

El amor a las mujeres, tu locura. Completo, como tú dices, yo no me he sentido nunca ante una mujer, pero sí, y repetidas veces, ante un árbol. Delante de la mujer: cerrar un poco los ojos. Delante del árbol: abrirlos del todo. Delante de la mujer: ¿y ahora qué va a pasar? Delante del árbol: todo ojos, todo oídos, presente del todo — el complemento.

AGUAFIESTAS

volviendo a hacer su papel: Así que oigo esta palabra: «árbol». «El árbol de la

vida». «El árbol del bien y del mal». «El amigo de los árboles». «El lado destinado al amigo de los árboles». Venga, empieza tu alabanza a los árboles. ¿Qué es, por ejemplo, lo que tiene de atractivo aquel tilo?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

El olor de sus flores me da vida, me llega hasta el último rincón de los pulmones.

AGUAFIESTAS

Para mí sabe a química, como a champú para el pelo, mezclado con el mal olor de meado de gato.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Lo inhalaré lo más profundamente que pueda y de esta manera espero un cuento para esta noche.

AGUAFIESTAS

Querrás decir una pesadilla un poco más suave.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Sí, pero éste es el matiz que interesa.

AGUAFIESTAS

¿Y las hojas pegajosas?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Es miel. El árbol atruena de abejas, el cohete ideal hacia el cielo.

AGUAFIESTAS

¿Qué cielo? — Apicultor que ha recibido una picadura mortal. — Y la corteza, tan blanda: ideal sólo para clavar anuncios electorales. Y ahora vayamos a aquel cerezo de allí.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

El niño que hay en la copa, como el rey del árbol; las cerezas de las ramas que pasan por delante de él movidas por el viento las coge con la boca.

AGUAFIESTAS

Y abajo, cogido a media altura del tronco liso, sin saber si ir hacia delante o hacia atrás, el otro, el niño del culo ancho, yo.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero mira la sombra del cedro, negra como una piel de animal, tu lugar de refugio.

AGUAFIESTAS

Una sombra en la que, debajo de las ramas del amaranto, con sus pinochas que no dejan pasar el aire, hace un calor infernal, más que fuera; debajo no sale ni una flor.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¡Pero la sombra etérea de aquellos álamos de allí!

AGUAFIESTAS

No una sombra, sino un centelleo, dando vueltas en mi rostro, como un insecto. Luz de álamo: luz deformadora de la lejanía, luz de choque de coches. Y el murmullo de las hojas de los álamos: tan arriba que nadie lo oye. Qué sinsentido.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero los cipreses de allí, con su verde balanceo, con los pequeños saltos que dan las luces de sus pinochas: mirar algo así, ¿no da un sentido?

AGUAFIESTAS

Del mismo modo que tú tienes que esconderte e intentas meterte aquí con esfuerzo, a duras penas: dentro, unos pegados a otros, sin que se les pueda torcer, los barrotes de la cárcel, y en el suelo de tu celda, el cadáver maloliente de un pájaro.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Pero contra aquel pequeño moral de allí no vas a poder decir nada, el árbol que está a la vera de nuestro camino, el de los viajeros, sin espinos, eterna protección contra el viento de primavera, con sus jugosas moras esparcidas por todas partes, alrededor, hasta donde alcanza la influencia del árbol, unas moras que, cuando hace viento, llegan incluso volando hacia ti, desde lejos; el árbol del tronco agujereado, refugio de los ruiseñores?

AGUAFIESTAS

Sí, el moral: al menor soplo de aire deja caer sus frutos, húmedos como esponjas, como si fueran su suciedad, con el correspondiente ruido al chocar contra el suelo, y en cuanto el viajero alarga la mano para coger una mora, junto con ésta le caen tres más, y todas a través de los dedos, y todo lo que le queda de estos frutos son las manchas en la ropa. Y además, imagínate en los oídos de un fugitivo insomne el canturreo y el sollozar de los ruiseñores, toda la noche.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Pero no te das cuenta de que sólo ante el gris de todos los troncos las cabezas de los que pasan toman forma? ¿Cómo sólo la luz de este gris claro y múltiple empieza a dibujar el rostro de los que pasan por allí?

AGUAFIESTAS

En los troncos veo sólo los agujeros de los disparos y el gris múltiple, claro, como las salpicaduras de cerebro de los que han sido fusilados allí delante.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Ámbito de un árbol, lugar especial. Otro suelo, otra luz, otro sonido.

AGUAFIESTAS

Sí, ámbito de un árbol, lugar de recogida para el transporte. Y el otro ruido viene de la rama que mata a tu amigo. *Coge la concha de peregrino, la deja caer y la rompe a pisotones, y luego, después de un momento de hostilidad repentina, un acceso de cólera como tal vez sólo es posible que se dé entre gente conocida; se marcha por la calle silbando, como quien va de paseo.*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

solo: Odioso silbido. Pero ¿cómo se suele decir?: ¿quién sabe si el que silba no está escondiendo con esto una pena secreta? — Concha, vuelves a ser cal, sólo cal. Nada más en la mano. Está bien así. De todos modos, como mejor voy es con las manos libres. —(*Como en un enfado repentino:*) ¡Ah, que siempre tenga que estar representando un papel! Si alguna vez se me permitiera dejar de representar un papel... (*Sube y baja por la rampa:*) Hasta mi manera de andar es fingida. (*Está de pie:*) Ni siquiera puedo estar de pie sin representar un papel. ¡Encima mi nostalgia de la seriedad! (*Carraspea — representando un papel. Tose — representando un papel. Cierra los ojos — representando un papel.*) Pero ¿con qué he sido serio alguna vez? Tomando parte. ¿Y cómo he tomado parte? Mirando. (*Mira: representando un papel.*) Ya no puedo mirar. Ojos secos. Lo que veo no me dice nada. Lo más que podría hacer sería una lista de las cosas que veo. (*Se para a pensar — representando un papel.*) Cielos, ¿tengo que representar un papel? Y encima sé que soy uno que nunca aprenderá a representar bien un papel, sé que mi único camino es no representar ningún papel. ¡Entonces leer! Bien es verdad que la ciencia le da la razón a la sabiduría popular, que dice que leer estropea la vista, pero a mí esto no me ha ocurrido. No hay ninguna forma de mirar más móvil y más penetrante que la que se consigue leyendo. Uno es todo ojos. ¡Sal, libro, fruto y germen de la luz! (*Saca el libro de la chaqueta:*) «Tranquila noche de primavera en las montañas desiertas...» (*No pasa de esa línea; intenta con otra:*) «En las montañas desiertas, el hombre sin forma...» ¡Ya no puedo leer! Ahora, el libro ya no me transmite ninguna satisfacción libre y sin trabas, sino el enjambre de avispa de la cháchara. (*Mira por los gemelos de teatro:*) Ya no se oye el rumor de ninguna colina, ya no se mueve nada. Y, como debe ser, y como ocurre siempre que me desvíe de mi camino, ya está allí el grupo de perseguidores; desde fuera parece casi como el nuestro, sólo que parece que todos me están observando, no con una cosita pequeña como ésta, sino con unos prismáticos de verdad, y no me enfocan a mí sino a este libro, como si fuera algo muy sospechoso: como si este libro fuera una granada de la última guerra, una granada que no hubiera

hecho explosión y que yo acabara de sacar de la tierra escarbando. ¿Y cómo era aquel sueño que tuve en el que salíamos todos nosotros? Estábamos sentados unos al lado de otros, en el claro de un bosque, cada uno sumido en la lectura de su libro, la escena que sugiere el verso: «he leído fielmente». Entonces, ¿resulta que ya ha pasado el tiempo de leer? ¿Yo, que lo único que tenía era el libro, ahora ya no tengo ni el libro? ¿Ya no tengo futuro? — Pero ¿qué era eso de leer? — Algo así como el movimiento de una hoja en el plano del centro: el plano móvil. Aquello que enlaza lo que está demasiado cerca con lo que está demasiado lejos. — ¿Y qué es lo que hizo posible la lectura? — La mirada sin meta en la que una cosa representaba todas las demás. La ausencia en la que yo estaba tanto más aquí y tanto más en lo que estaba haciendo. ¡Leer y estar! ¡Todo ojos, todo oídos! ¿Y qué es lo que perseguían tus ansias de leer? — ¿Salvarte de los espejismos entrando en la Imagen Única? — ¿Y tuviste alguna vez una imagen de la Imagen Única? — Sí, aquel cuadro en el que se ve un libro de cuyo centro, debido a la corriente de aire que provoca el ángel de la Anunciación, se levanta una página. — ¿Y ahora, según esto, no te queda otra cosa que representar un papel? ¿Cómo sería sin representar un papel? *(Pausa.)* Sería inimaginable. La catástrofe. — ¡Otro intento! *(Deja de hacer un papel y se convierte en un idiota; se recupera:)* Pero esta necesidad de representar un papel, ¿no es al mismo tiempo la oportunidad que tengo de llegar a ser del todo lo que soy? Vida perfecta: ojalá la consiguiera haciendo el papel de mí mismo. «¿Por fin puedo hacer el papel de mí mismo — venís y veis mi verdadero rostro?» ¡Qué confusión! *En ese momento entra el INDÍGENA con estrépito, vestido de trabajador de escena; lleva en un brazo un tamarisco, con la otra mano enrolla un carrete de cable vacío. Lleva un ojo tapado; al quitar con prisas sus objetos de escena, roza el libro de EL QUE MIRA DESDE EL MURO; le pisa los dedos de los pies y vuelve a desaparecer. Ruido entre bastidores, un grito de dolor, una maldición.*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

marchándose lentamente: «Tilo» — así que oigo esta palabra, un verdadero nombre de mujer basta^[1]. — Y los olmos, con sus hojas de oreja de elefante, desmayadas: «Deseo bajo los olmos», pero ¿cómo has podido creer alguna vez en algo así? — «¿Tranquila primavera?» La imagen que tengo yo de la primavera: vuelve el tiempo de los mosquitos, y para los caballos el tiempo de las moscas... *(Se para un momento; agitando la cabeza con asombro:)* Vuelve a ser posible mirar — ¡con la mirada del aguafiestas! ¿Volverá a ser posible también leer? Por lo menos es sano y sienta bien. — Creo que el único papel que no tuve que representar nunca y que no tendré que representar nunca es el del miedo. ¿O es que incluso cuando me esté muriendo tendré que representar un papel? ¿Incluso en mi ejecución tendré que representar un papel? ¿Ya de recién nacido tuve que representar un papel? Qué confusión. Venid, niños, ayudadme a no representar un papel. *Sale.*

3.2

Un meridiano más allá, en el interior del país. Todos los objetos del fondo de la escena están aún allí, sólo que un poco desplazados, formando un círculo; y se ha añadido algo más, no sólo árboles —más gruesos, más altos—, sino también, por ejemplo, una verja, sin más, sin manilla, sin ningún seto al lado. Encima, dos palomas vivas, de espaldas a la sala. En la superficie por donde se mueven los actores, que por lo demás está vacía y que parece un prado que estuviera detrás de un antiguo parque, una mesa de jardín, con sus sillas, como si, por así decirlo, las hubieran sacado de su sitio y las hubieran llevado allí. Luz de un jardín para invitados, una luz de principios de verano. — En este escenario entran ahora los otros cinco del cortejo, por el recinto —con cara de decir «esto lo he aprendido en la guerra»—, llevados por el VIEJO y PARSIFAL, como criado que lleva la impedimenta, con el baúl en la cabeza. Todos acampan: los ACTORES, como señores elegantes, junto a la mesa del centro; los otros, como criados mudos, a cierta distancia, en el suelo; PARSIFAL, sentado en la caja, cuyo peso, para empezar, le ha quitado las voces de la cabeza: caricias y besos de agradecimiento. — Silencio.

ACTOR

Ahora puedo preguntar: ¿Has estado alguna vez en tu vida con un hombre que se te entregó en la misma medida en que tú te entregaste a él?

ACTRIZ

No. Mientras que yo sentía el impulso de adquirir mi propia imagen, precisamente en el momento en que me disolvía, notaba siempre el miedo del hombre a disolverse conmigo. Este miedo se me transmitía a mí, y, desde nuestro vuelo de aniquilación, a toda prisa nos volvimos a refugiarnos en lo que llaman el placer, un placer que, por así decirlo, nos llegaba hasta las raíces de los pelos. Y estoy segura de que desde entonces no ha habido nunca ninguna pareja en la que hayan podido entregarse realmente el uno al otro.

ACTOR

¿Quién fue tu primer hombre?

ACTRIZ

El mundo — en aquel caso, el cielo de verano. Yo era todavía una niña y estaba sentada en un columpio. Cada vez subía más alto. En el punto inmediatamente antes de dar la vuelta hacia el otro lado, en el momento de quietud que hay entre el arriba y el abajo, fue cuando me invadió.

ACTOR

¿Fue placer?

ACTRIZ

No, dulzura. Un rayo de dulzura que de repente me penetró y que luego, lentamente, fue encendiéndome. «¡Te deseo!», dijo el mundo, dijo el cielo, y yo por mi parte desperté al deseo. Entonces me convertí en mujer. Nunca más he vuelto a sentir una dulzura como ésta. Desde aquel momento he estado preparada.

ACTOR

¿Siempre?

ACTRIZ

Siempre. Preparada para la compenetración inmediata. Cerrarme, sólo me cerraba con el hombre falso. Oh, y todos vosotros, hombres falsos, con el truco de los ojos semicerrados, por los que desde la frente corre el sudor del miedo, y con la ostentación del sexo, que luego es frío como el hielo.

ACTOR

¿Has podido decir alguna vez de alguno: «mi hombre»?

ACTRIZ

Una vez dije: «Un hombre bueno me ha escogido para que sea su mujer, y de eso estoy orgullosa». Pero esto formaba parte de un papel, en un *western*, y además ahora ya no hay *westerns*. Y una vez le dije a un hombre: «El mundo, en ese caso tú», pero esto fue en una obra de teatro, y además esta obra ya hace tiempo que está olvidada.

ACTOR

mirada de interrogación.

ACTRIZ

Sí, en todo esto yo seguía deseando. Pero nunca a alguien determinado. Si alguien determinado se interponía entre yo y mi deseo indeterminado, después del primer dulce susto, que muchas veces se esfumaba con sólo que él dijera su nombre o pronunciase la primera palabra, yo lo aceptaba como el precursor.

ACTOR

silencio como pregunta.

ACTRIZ

No, yo sólo he amado mi deseo, y únicamente el deseo de mi rostro, el deseo de mis ojos. Y además, mientras amaba sabía: no hay ojos más bellos en el mundo que los ojos de mi deseo. Y cuánto bien me hacía el deseo que había en mis ojos. Y cuando esta luz se apagaba: qué fea me sentía — qué carente de sentido — qué nula

— qué desnuda.

ACTOR

pregunta en silencio.

ACTRIZ

No, ningún hombre tenía esta clase de deseo. O bien aparecía de repente deformado por el deseo carnal, o era —¿cómo se dice?— aquella «dura seriedad en la que se consume el placer», de tal modo que en mí cada vez era más fuerte la idea de que en mí entraba y salía un muerto, o de que el hombre imitaba la alegría superficial de mi deseo, con lo cual él, no obstante, no hacía más que perder la seriedad y acababa perdiendo hasta el deseo carnal. — Para mí, tan bellos como los ojos de mi deseo lo eran sólo los ojos de aquel hombre que tenía algo en mente, que estaba de camino hacia un propósito determinado, claramente decidido a ello. Los ojos del que tenía algo en mente no sólo no rompían mi eterno deseo sino que le daban la razón. El encuentro de los ojos del que está fantaseando con los ojos de la que desea: la pareja formada por dos que son el uno para el otro. Sólo que estos ojos no se encontraban nunca. Y a la segunda vez ya no era el mismo abrir y cerrar de ojos. Y ya no había una tercera vez.

ACTOR

Entonces, ¿la imagen que tienes tú de tu hombre ha perdido el encanto?

ACTRIZ

¿Y la imagen que tienes tú de tu mujer?

LOS VIEJOS

gritando interrumpiéndolos: ¡No contestar con preguntas!

ACTRIZ

La imagen es válida. Lo único válido es la primera imagen. El columpio todavía está moviéndose.

ACTOR

¿Y en qué lo reconoceré?

ACTRIZ

En que cada vez voy más despacio, junto contigo. — Pero ante la cólera de mi amor, hasta ahora ha retrocedido todo el mundo.

ACTOR

después de una larga pausa: Ayúdame a amar.

ACTRIZ

tras un largo silencio: Entonces muéstrame el camino a casa.

ACTOR

tras un largo silencio: ¿Dónde está eso? *La escena se oscurece.*

3.3

Un giro más lejos, en el interior del país. Los dos VIEJOS, solos con PARSIFAL. A las filas de árboles que hay en el fondo de la escena se les ha añadido unas cuantas más, árboles de río o de fuente, como un aliso y un sauce; lo mismo ocurre con las caras posteriores de los objetos, así por ejemplo la cara posterior de un reclamo publicitario, la cara posterior de una columna de anuncios en la que no hay nada pegado. Ahora más de la mitad del horizonte de la escena lo ocupan estas cosas. El espacio que hay entre el aliso y el sauce, en torno al cual tiene lugar la escena, parece ser el acceso a un abrevadero invisible, o un vado. Los VIEJOS acampan apoyados en los árboles, sentados en el suelo, uno de cara al otro, como si estuvieran sentados en la parte de un dique desde la que es posible dejar que las piernas se balanceen sobre el río. PARSIFAL está tumbado entre los dos, pegado a su maleta, tapado con un abrigo, durmiendo. Los viejos montan guardia a su lado. Luz de otoño junto a un gran río.

LOS VIEJOS

juntos e intentando hablar en voz baja; se les entiende muy bien: Huele a otoño, ¿no?

EL VIEJO

El humo de los campos.

LA VIEJA

Y con la poca agua que hay, el olor a podrido que viene de ahí abajo, del río.

EL VIEJO

Pero es bello. Huele, huele. Huelen juntos; inspiran profundamente.

LA VIEJA

Sí, bello. Decididamente bello.

LOS VIEJOS

juntos: Y hace un momento aún era verano. ¿Realmente volvemos a estar en otoño?

EL VIEJO

Estamos en otoño. Lo noto en las ganas que tengo de comer manzanas. En mis ansias por comer manzanas. ¡Daría el reino de los cielos por comerme una manzana ahora!

LOS VIEJOS

juntos: Pero por desgracia nuestra dentadura ya no está para comer manzanas.

PARSIFAL

como si el cuchicheo de los viejos, que se oye mucho, les molestara; se agita en su inquieto sueño.

EL VIEJO

Habla con normalidad. Ya sabes que no soporta el cuchicheo. Necesita sonidos tranquilos.

LA VIEJA

Qué grave se ha vuelto tu voz. Sí, hace tanto tiempo que estamos en camino... Cuando iniciamos el viaje, las voces de todos nosotros eran mucho más agudas y penetrantes, incluso la tuya.

EL VIEJO

Tú sigues teniendo la misma voz que tenías cuando yo era joven.

LA VIEJA

En mí es lo único externo que ha permanecido igual.

EL VIEJO

Tu voz nunca fue nada externo. *Largo silencio.*

LA VIEJA

Qué complicados son ahora los juegos que tienen que jugar las parejas.

EL VIEJO

Porque ya no tienen signos que pudieran abreviarles el rodeo que hacen por el habla. — ¿Te acuerdas de lo que me ocurría a mí entonces?

LA VIEJA

Me acuerdo. Pero, por favor, cuéntamelo otra vez.

EL VIEJO

Yo hacía ya tiempo que te conocía. Pero una vez apareciste con una pirámide de naranjas en el brazo, y de repente hubo un resplandor en el espacio.

LA VIEJA

Y tú no eras más que el hijo del vecino, hasta que, después de una de tus visitas, quedó en el suelo una mancha de nieve que tenía la forma de la suela de tu zapato.

Pausa.

EL VIEJO

Fíjate si hace tiempo que andamos errantes. Viejos y sin sentido.

LA VIEJA

Extraño ir y venir. Extraña expedición. Tal vez sólo sea un triste delirio.

EL VIEJO

¿Sientes deseos de volver a casa?

LA VIEJA

Oh, no. Mira, mira. Mis rosas silvestres, aquí, junto al río, como en casa, sólo que sin caracoles. Tan suaves. Cómo las sacude el viento, como sólo ocurre con las rosas silvestres. Y por dentro tan oscuritas. Pero sentarme sí me gustaría, sentarme mirando en dirección a mi tierra. *Mira a un lado y a otro, luego se encoge de hombros.*

EL VIEJO

Lo que nos pasó simplemente es que salimos de un modo demasiado precipitado. ¿No te ocurre a ti también por eso que te atormenta la idea de haber dejado olvidado algo: de haberte olvidado a ti misma? ¿Que de pura precipitación te habrías olvidado realmente a ti misma, te habrías dejado a ti misma en la habitación, sola y desamparada?

LA VIEJA

No has cambiado. ¿No ves ahí abajo cómo corre el agua? ¿Qué hay que sea más real? Ve y mete la cabeza dentro.

EL VIEJO

se marcha; vuelve con la cabeza chorreando: ¡Es verdad, estoy aquí!

LA VIEJA

Y ahora mete la mano en estas ortigas de aquí. ¿Hay algo más real?

EL VIEJO

mete la mano: ¡Escuece! Las ampollas, cuando lleguemos a casa, serán para mí una prueba de esto: he estado aquí. ¡Constelación de las ampollas! *Tropezó con algo.* ¡Ay, mi vieja torpeza! Esto me demuestra lo siguiente: ¡entonces soy realmente yo, aquí, en persona! Gracias, torpeza mía.

LA VIEJA

aparte: Éste de la torpeza, éste de la confusión, éste es tu marido...

EL VIEJO

levanta el objeto con el que ha tropezado y lo pone a contraluz, una llave antigua; luego silva con ella: ¡Mira, he vuelto a encontrar algo que había perdido, una llave, la perdí hace medio siglo, en la guerra! Se para: Pero la llave de ahora, ¿dónde está? Se palpa la ropa.

LA VIEJA

¿La has vuelto a dejar metida? *Pausa.*

EL VIEJO

¿Qué estarán haciendo en estos momentos nuestros nietos?

LA VIEJA

Para ellos pronto va a ser de noche. — Es una lástima que no tengamos aquí ningún periódico. Si no, podríamos mirar qué tiempo están teniendo.

EL VIEJO

Si aquí hace buen tiempo, pienso, ellos también tienen que tener buen tiempo.

LA VIEJA

mira el reloj: en estos momentos la niña estará bajando del autobús de la escuela; el único niño que baja en este cruce. Ahora se estará dirigiendo a la casa que no está flanqueada por ninguna otra casa. En la hierba, junto al camino, muchas veces hay serpientes. ¡Cuidado!

EL VIEJO

Y el chico está teniendo en estos momentos su clase de boxeo en el gimnasio. Es muy chico para esos guantes tan grandes. Dale. No escondas así la cabeza. Mírale a los ojos. Ah, es verdad, eres miope. Y además tirando a miedica. *Pausa.*

LA VIEJA

A ver, ¿he apagado la plancha antes de marcharme?

EL VIEJO

¿Y si en estos momentos se ha desencadenado el mal tiempo en casa? ¿He desenchufado el televisor?

LA VIEJA

con voz cada vez más estridente: Y contra los ladrones, ¿has puesto al lado de la ventana la lámpara que se enciende y se apaga sola?

PARSIFAL

se mueve.

EL VIEJO

con voz cada vez más estridente: ¿Y has puesto el goteo en el tiesto del naranjo?

PARSIFAL

se despierta y se sienta.

LA VIEJA

Y por lo que pueda ocurrir, ¿has contratado un seguro de traslado de cadáver para el caso de que nos muramos?

EL VIEJO

¿Y si en estos momentos un tornado está arrasando el tejado?

LA VIEJA

¿O un desprendimiento de tierra el pueblo entero?

EL VIEJO

¿O una inundación la comarca entera? ¿O un terremoto el país entero? ¿Y si el mundo ha caído ya hace tiempo fuera de nuestra burbuja de aire y si toda respiración está ya asfixiada y se ha extinguido ya toda vida?

PARSIFAL

que al principio se había tapado los oídos, da un brinco y grita: ¿Y quién ha comido de mi platito? ¿Y has rezado ya esta noche? ¿Y has llamado ya a tu casa hoy? Y dime, ¿dónde están las flores? ¿Y quién tira la primera piedra? ¿Y qué ocurrió realmente con Baby Jane? Entretanto se ha marchado corriendo, zanja abajo, donde su voz ha estado sonando, como saliendo de una cavidad vacía.

EL VIEJO

se pone de pie y le sigue con la mirada: Está dejando que el río le lave bien los oídos. ¿Servirá de algo? — Y ahora se desnuda, se sumerge del todo y nada. Río abajo, con la cabeza debajo del agua. — Por fin, aquí está otra vez. Coge aire inspirando profundamente, mira a su alrededor, resplandece. Me parece que esto le ha ido bien, el agua le ha acallado la cabeza de charlatán. — ¿No es así? Vuelve a sumergirse. Pausa.

LA VIEJA

al fin se decide a ponerse en marcha; pisa algo que hace un ruido como de crepitación: Mira, aquí han esparcido arroz, de una boda.

EL VIEJO

No, es arena, sobre el lugar donde ha ocurrido un accidente.

LA VIEJA

Tú siempre sabes más. — ¿Adónde vamos ahora? ¿Tienes un mapa aquí? ¿Una brújula? ¿Medicinas? ¿Un paraguas? *Cuando él niega con la cabeza, ella se saca todas esas cosas del bolso y empieza a repartirlas entre él y ella.*

EL VIEJO

Tú siempre estás tan preparada para todo. Es algo que siempre me ha molestado en ti. El hacer preparativos es algo que contradice la dignidad del hombre.

LA VIEJA

poniéndose en camino con ligereza — el viejo, lentamente: ¿De dónde te viene esta lentitud?

EL VIEJO

La he aprendido en la guerra, con el peligro.

LA VIEJA

A mí, en cambio, tu costumbre de ir arrastrándote me ha llevado al hospital.

EL VIEJO

Pero ¿en aquel tiempo no era tu frase: «Es tan lento, tan lento, — se puede confiar en él»?

LA VIEJA

Y otra frase era: «Es tan terriblemente lento — con él no hay ninguna que aguante.» *Continúa su camino.*

EL VIEJO

llamándola: Pero ¿por dónde vas? Es aquí donde está el camino.

LA VIEJA

Siempre hemos querido ir en direcciones distintas. Si yo iba hacia la derecha, tú decías: no, a la izquierda. Si yo encontraba un atajo, tú, sin duda, dabas un rodeo. Si yo quería ir a un prado, tú ibas al bosque. Si a mí me tiraba el Sur, tú eras partidario de ir al Oeste. Es una vergüenza que sigamos estando juntos. *Sigue su camino y se marcha.*

EL VIEJO

arrastrando lentamente la maleta, también sigue su camino: Una extraña. Ya a primera vista, hace cincuenta años, fue para mí una extraña. Lo supe enseguida: no es la que me conviene. Pero la maldita guerra nos ha juntado. Jamás he podido seguirla.

Dos velocidades distintas, dos extraños. «¡Tú ya me conoces!» decía ella siempre. ¡No, no te conozco! Cuántas veces la he estado mirando mientras dormía —¡qué rostro tan noble tiene esta mujer!— y he deseado que siguiera durmiendo siempre así, para que esos ojos extraños no me miraran de repente. *Ya entre bastidores:* Oh, ese modo de ser extraña. Extraña como el primer día. Extraña como para romperle la cara. *La escena se oscurece.*

3.4

Una serie de escenas fragmentarias, cada una de ellas un trecho más lejos, en el interior del país; los árboles que hay al lado del río, medio cubiertos ya por otros: una palmera, un boj, un cactus cortado; detrás de todo, a través de los árboles se ve brillar una estatua cubierta por un velo, de espaldas; ¿Dante?, ¿un ángel?, ¿una persona afligida?

La escena sin nadie. Empieza a nevar.

La escena sin nadie, en una luz cegadora, como un enorme aparcamiento con mucho acero y muchos parabrisas que lanzan destellos. Sobre el escenario baja volando un avión de papel. Del cielo de la escena baja un paracaídas sin nadie y se enreda en los árboles. Por la escena, como dentro de una fila invisible de botellas, arrastran una gran garrafa sobre una plataforma con ruedas, como si la sacaran de la trayectoria de un proyectil. Sale un perro, un momento, y después de que con un silbido lo han hecho volver, sale del fondo de la escena, desde abajo, una mariposa. Un neumático entra rodando en la parte de la escena que está desierta, está un buen rato haciendo eses...

Luz muy blanca, invernal, como en una llanura. Sale el INDÍGENA, como obrero de escena; con la venda en otro sitio, con un asiento de avión que él cuelga, inclinado, arriba, en el más robusto de los árboles. Se marcha y, de la misma manera, vuelve con una rueda de bicicleta que cuelga por el cubo en la parte que queda de una rama cortada.

Luz de focos. Sale EL QUE MIRA DESDE EL MURO, pasos cansados, no mira a ninguna parte. Se detiene y hace ejercicios oculares; el ojo izquierdo hacia un ángulo, el derecho... Por el aire, en parábola, entra un balón, y EL QUE MIRA DESDE EL MURO echa a correr detrás de él; lo detiene y lo lanza hacia atrás, al lugar donde están jugando. Continúa andando con los brazos abiertos y mirada radiante.

EL ACTOR JOVEN, «en la intimidad», con la chaqueta en el brazo. Luz de campo. Ahora, como si fuera una máscara, de repente se le pone cara de samurai. Hace un movimiento con la espada, como golpeando el aire. De nuevo la cara de estar descansando, sin tener nada que hacer. Mientras sigue andando, de repente, se le pone, como si fuera una máscara, cara de loco, junto con los movimientos de un loco. Con una risita de conejo, se marcha.

EL VIEJO. La maleta a la espalda como si fuera una mochila. Luz de guerra, pálida, que anuncia peligro. Se arrastra por la escena cantando a voz en grito, cada

vez más fuerte. De vez en cuando, y mientras se marcha, llora como un niño, una y otra vez.

LA VIEJA, anda para arriba y para abajo con su bolso, arrastrando los pies; luz de neón, como de hospital. Lleva el pelo suelto. Canta con la boca cerrada, un murmullo que se interrumpe continuamente por una contracción del rostro. ¿Es un murmullo o son ya alaridos?

EL AGUAFIESTAS, luz de helada, tiritando de frío, metido en su abrigo. Mientras llega va contando; al principio apenas se le oye; luego cada vez más fuerte. Ha llegado ya a números muy altos. Mientras cuenta, sus pasos van cobrando energía, y empieza a tener calor. Mientras cuenta, le da la vuelta a la cara posterior de una señal de tráfico en la que se puede leer: IMPOSIBLE DAR MEDIA VUELTA. Se marcha, contando.

LA ACTRIZ JOVEN

llega en su actitud de reina de la fiesta; la luz, como corresponde, una luz de fiesta. Al pasar contoneándose junto a un gran tronco de árbol, en éste —que es una trampa— se abre una puerta corredera y sale EL INDÍGENA, vestido de soldado, con uniforme de camuflaje, gris, como de corteza de árbol, y sin fijarse en la actriz, que se ha detenido, se pone en marcha para hacer la ronda de patrulla. La ACTRIZ deja caer el brazo, pierde su actitud de reina de la fiesta. Sola en la escena, va consiguiendo adoptar otra actitud mientras va diciendo: Tengo la impresión de estar muerta. Si no es en mi representación, no tomo parte en nada. Como mucho, me divierten las historias del mundo. No tomo en serio a nadie. Si llegaba alguien y quería empezar a contarme de qué modo fue feliz una vez, ya estaba yo interrumpiéndole con mi «te entiendo, sí, te entiendo». Si venía el siguiente y empezaba con que estaba solo y abandonado, ya estaba yo interrumpiéndole con mi «oh, sí, te creo, te creo». Los demás, para mí son niños que no saben a qué se está jugando, y yo me río de ellos amablemente y sin corazón. Tengo respuestas para todas las preguntas, y yo misma no tengo ninguna pregunta que hacer, a nadie, por lo menos ninguna pregunta urgente o seria, o alguna que al otro le gustara contestar. Soy aún tan joven y funciono ya como un ser humano que ha llegado a la meta, de un modo oficial, como una oficina, perfectamente organizada. La distancia que yo marco, en realidad es inaccesibilidad por mi parte. Que alguien me maldiga. ¿Quién me maldice? ¿Dónde está el que me despierta a la vida maldiciéndome? Se marcha.

EL AGUAFIESTAS

en su luz, la cabeza echada hacia atrás. Tantos caminos que llevan el nombre de viejas fuentes. Sólo que ¿dónde están las fuentes? ¿Secas? ¿Tapiadas? ¿Heladas? En cambio, el gran cielo. Sólo puede significar que esto no va a quedar así. Probablemente el cielo se va a encapotar de un momento a otro; va a empezar de

repente una ventisca, un *blizzard*. Tinieblas egipcias, y en la nieve, que subirá tan rápida como el agua en una cámara de esclusa, el reflejo de los rayos que con su luz me conducirán a casa. ¡Por Dios, a casa no! Si en ese momento una cara conocida de allí viniera a mi encuentro, yo perdería enseguida toda sensación de estar aquí. Montaña arriba debería seguir el camino — pero que arriba no se estuviera en casa. *Mira hacia atrás por encima del hombro*: ¿Qué pasa?, ¿nadie me persigue? ¿Dónde os habéis metido, perseguidores míos? Todas las fugas me han salido bien —¿cómo voy a continuar ahora? ¿Dónde está ahora el sentido de mi vida? ¡Haz que esto no haya sido mi última fuga! ¡Ah! ¡Ahí está por fin, mi grupo de perseguidores! Y aquí está ya la cara conocida, la del cabecilla, llamado «autor». También por él estoy huyendo eternamente. Me quiere atrapar para sus historias, encerrar en preguntas del tipo: «¿cómo era el ambiente que le rodeaba cuando usted era niño?», «¿ha soñado alguna vez que se acostaba con su madre?», «¿qué sintió usted cuando estalló la tercera guerra mundial?» Con cosas de este tipo él hace buenos negocios para el Este y el Oeste. Está metido en todo, sin que se le encuentre en ninguna parte. Siempre está presente con sus aportaciones, nunca con su esfuerzo. Las mesas redondas y las indagaciones que hace él con sus fiadores, de continente en continente, no le llenan en absoluto a mi autor; sin perder comba, al mismo tiempo espía a los lados para ver de qué modo al fin podría explicar mi historia para que se pudiera leer. No, aunque todos los días des veinte vueltas a la piscina nadando, te entrenes corriendo, aprendas además de las doce lenguas que hablas con fluidez tres más y te hayas pertrechado para tu caza de historias en el último congreso internacional de autores sobre el tema «La importancia de la pregunta en nuestros días»: autodenominado Pat Garrett, ¡a mí no me vas a tener! Mi modelo son aquéllos de quienes nadie sabe nada, ni puede saber nada. La inclinación del prófugo, mi inclinación, va dirigida a los que no tienen meta, a los viajeros de paso — ¡a la nueva Humanidad! — Gran cielo. Lástima que esté sin pájaros. Pero, de todos modos, las golondrinas son demasiado rápidas para mí. Y es sabido que sólo la señora gorriona encuentra hermoso el canto del señor gorrión. Y a los cuervos, de los que dicen que para los indios son los pájaros de la sabiduría, los he visto una vez en el campo cerrar un círculo en torno a nuestra liebre temblorosa. — Ah, vosotros, los que hacéis conmigo viajes de paso, os echo de menos. Aguarse a uno mismo la fiesta no es precisamente algo que le ponga a uno contento. Estuve de camino tanto tiempo con vosotros, que empecé a tomaros en serio. (*Pasos que se acercan. Desde la calle se oye una voz: «¡le saludo!».* *Pasos que se alejan*) ¡Qué voz tan entrañable! Basta con un saludo y ya estoy en la realidad. ¿Pero qué significa «¡le saludo!»? ¿Será que he llegado? Eso sí que no. *Da un paso como para huir. Se detiene:*) Gran cielo. Casi me siento libre. Extraña palabra este «casi»... Cielo ideal. Pero ¿dónde está aquí la pregunta? Cuanto más ideal, más inquietante. ¿A ver si a alguno de mis hijos, que he ido dejando de lugar de fuga en lugar de fuga, le ha ocurrido algo? Corre hacia mí, hijo, a ponerte entre mis piernas, agárrate a mis rodillas. *Sigue huyendo.*

LA VIEJA

en su luz, agachándose a coger un papel que hay en el suelo: Una carta ¡Su letra!
Lee: «En campaña, a 12 de noviembre. — Querida: Es de noche y estamos en el refugio. Los otros ya duermen, pero yo voy a intentar escribirte una carta a la luz de la lámpara de petróleo...» Sacude la cabeza, asombrada.

EL VIEJO

en una luz de arco iris; está sentado en su maleta, jugando a las cartas consigo mismo. Luego vuelve la cabeza hacia algo, a cierta distancia. Como para llamar la atención sobre sí mismo, hace una seña con la mano. Luego, como si le hubieran contestado con otra seña, vuelve a hacer otra seña, esta vez a modo de saludo, con una gran sonrisa.

LA ACTRIZ, disfrazada de hombre; el actor la persigue, disfrazado de mujer. La luz de los dos como una sola luz. Cuando la alcanza, él se convierte en hombre y ella en mujer. Cada uno, por su parte, se detiene. Abrazo. ÉL: «¿Estás un poco de acuerdo conmigo?» — ELLA: «Sí, ¿y tú conmigo?» — ÉL: «Sí. ¿Conoces la traducción del nombre Nofretete?». — ELLA: «La belleza ha llegado».

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

en su luz: ¡Qué barbaridad! Mientras estaba soñando, un sueño en el que no salía otra cosa más que mi agradecimiento —la alegría de la tranquilidad, del agradecimiento por tener tiempo, tener tiempo de quedarme en un lugar querido y allí estar de camino nada más— según el periódico, en el hotel que está a la otra orilla, los que se hospedaban allí gritaban, abrasándose en llamas. ¡Qué barbaridad!: si acabo de ver con mis propios ojos a aquél que hace años que no duerme, el que iba al puente, a tirarse; a la mujer que iba por la calle y le dio con el bolso en la cabeza a la que venía a su encuentro — y ya estoy pensando otra vez: ¡Qué entrañable es el mundo! Estúpida satisfacción — por los andares remilgados de esa vieja rubio platino, por la colegiala que se compra un helado, por el negro que lleva un traje regional: ¡ya no la quiero! Mira dentro de ti, a la verdadera lejanía, aquella que no pretende engañarte con nada – ¿qué ves? (Cierra los ojos:) A lo lejos, en el horizonte, la Humanidad, unos al lado de otros, en candeluchos, pero no como si fueran cazadores, sino como si fueran el venado que han soltado para matarlo. Como se dice de un enfermo incurable antes de que su muerte llegue a ser algo dramático: ya no tiene salvación. Sí, de este modo nos veo a nosotros en los candeluchos: ya no tenemos salvación. Unos al lado de otros, sin preguntas, como está precisamente todo aquél que ya no tiene salvación. Porque, ¿qué son las preguntas de los moribundos? (Abre los ojos:) Sí, eso es: una imagen que ya no simula nada. A partir de ahora va a ser la imagen que rija mi vida. ¡Qué asco me dan mis volteretas de ilusión! Tinieblas, frío, carencia total de perspectivas, condenación: seguid a mi lado como mis últimas

verdades. Nunca más me voy a recuperar. — Ahí, mira, el maíz: hace un momento eran aún retoños y ahora está abriendo los brazos. Dios mío, qué bello. — «Qué bello»: cuánto tiempo he estado sin poder decir esto. ¿Y cómo voy a describir lo bello? Con una palabra: «Aquí». — ¡Qué barbaridad!, me está volviendo a gustar estar aquí. Mirar como beber. Con lo viejo que soy y sigo alimentándome de mirar. — Qué bello. ¡Qué silencio! Un silencio sorprendente. Un silencio tan grande, que se sorprende uno. Silencio: el día cuenta. El silencio como valor; el último hechizo que ha quedado. — Cerdo. Ser extravagante de otro tiempo. De tanto mirar te has hecho incapaz para toda historia. Por el silencio, estropeado para toda compañía. ¿Cómo era hace un momento aquella imagen que era la única válida, la decisiva, la desvelada? — Mierda, ya no la tengo presente. — Entonces, ¡hazla volver a palos! (*Se abofetea y se pega. Se detiene. Pone cara de acompañar a unos transeúntes invisibles, de participar en un susto, en un abrazo, en una alegría:*) Maldita sea, me vuelve a venir un cierto gusto por el mundo, en este caso por el tercer mundo. Vuelvo a respirar aire de fábula. Fuera, alegría. Imbécil que miras a tu alrededor. Ahora vas a ir y vas a derribar a golpes al primero que te encuentres. (*Se queda. Pausa.*) ¿Estás loco, hijo, que no miras? — Maldita sea, pero ¿quién eres?, ¿quién eres?, dime. ¿Quién soy?, ¿quién soy? *Se marcha.*

EL VIEJO Y LA VIEJA se encuentran, en la luz de los dos, junto con sus cosas, como si estuvieran en un puente de madera (el sonido de sus pasos es el sonido propio al andar por un puente de madera.) Cada uno se asombra al ver al otro. EL VIEJO: «¡Tú!» — LA VIEJA: «¡Y tú!» — EL VIEJO: «Los mismos ojos claros de siempre.» — LA VIEJA: «Y la misma cabeza inclinada de siempre.» — EL VIEJO: «¡Pero si esto acaba de pasar!» La VIEJA rompe a llorar, el VIEJO hace lo mismo. Luego, de repente, desde lejos, alguien llorando a moco tendido, sin pausas, pidiendo ayuda. Escuchan atentamente y al fin se ponen en camino.

3.5

La última franja en el interior del país. La escena ahora está rodeada de árboles—incluso de árboles frutales— y de objetos colocados de espaldas a la sala, y forma un pequeño claro que al mismo tiempo tiene algo de angostura. Helechos, viñas silvestres y lianas entre los árboles dan la impresión de una selva virgen. A los objetos, colocados de espaldas, se ha añadido ahora pináculos ondulados y un largo muro, también de espaldas. En el claro del bosque, o en la angostura, está, a un lado, una cabaña de madera, al otro, una columna, sola. El centro de la escena está vacío, a excepción de un cercado para una fuente, a la que conducen, bajando, unos pocos escalones. — En una luz que cambia rápidamente, entre sol y sombra, llega a escena PARSIFAL, arrastrándose desnudo por la selva virgen, como si fuera un naufrago. Los movimientos con los que se pone a salvo se ven impedidos por las contracciones involuntarias de la cabeza y las extremidades. Una vez se encuentra, al fin, en el lugar despejado, inmediatamente empieza a buscar con las manos y los pies algo, algo que hacía un gran ruido cuando daba patadas en el suelo, como podría ser el puente basculante: en vano. Tamborilea contra la columna anunciadora: cartón piedra. Contra la figura que está de espaldas: lo mismo. Intenta peinarse con los dedos, al ritmo de la lucha de voces que hay en su interior. Intenta también comerse una manzana. Corre de un árbol a otro, rozándose con ellos como un animal que quiere quitarse una mosca de encima. Al fin se hace un ovillo en el vacío, dominado una y otra vez por sus contracciones, que luego marcan la cadencia de los leves gemidos que empiezan ahora. Gritando, intenta inútilmente deshacerse de las voces que hay en su interior. Lo único que cambia con esto es la luz: se abre paso una especie de luz de föhn^[2], con un azul que llega hasta el suelo, que aísla todas las cosas. — Por un lado entra el INDÍGENA, de nuevo como jefe de escena; en la mano lleva un interruptor. Apretando un botón, atenúa la luz, a lo que PARSIFAL levanta la cabeza.

INDÍGENA

va hacia él: «Viento».

PARSIFAL

«Quien siembra vientos cosecha tempestades».

INDÍGENA

«Cielo».

PARSIFAL

«El cielo estrellado sobre mi cabeza y...»

INDÍGENA

«Paraguas».

PARSIFAL

«Bajo un paraguas por la tarde...»

INDÍGENA

«Cosa».

PARSIFAL

da un salto, en actitud de ataque: «Hay cosas entre el cielo y la tierra de las cuales...»

INDÍGENA

«Anfitrión».

PARSIFAL

atacando al indígena: «Las bebidas corren a cargo de los anfitriones.»

INDÍGENA

esquiva, echándose hacia atrás.

PARSIFAL

se hace un ovillo, con la cabeza entre las manos.

INDÍGENA

Pero a ver, ¿qué le han hecho a este hombre? *Aprieta un botón del interruptor y unos focos iluminan la columna.*

PARSIFAL

mira hacia arriba.

INDÍGENA

da vueltas a la columna, sobre la que, como si fuera el relieve de un capitel, se ve una enorme cabeza con una mueca en el rostro; un pájaro en cada una de las orejas, con el pico medio metido en el conducto auditivo. Coge a PARSIFAL suavemente por la muñeca y lo lleva ante la columna: ¡Como en esta imagen, ahora, los pájaros te sacarán la voz de tu pobre cabeza!

PARSIFAL

mira hacia arriba y se convierte en un callado espectador.

INDÍGENA

vuelve a apretar un botón, y la columna empieza a sonar: los sonidos de la civilización, alternándose entre ellos, cada vez más graves; al final confluyendo en un sonido regular, como las sirenas de todos los barcos que se encuentran en la desembocadura de un río y que de este modo saludan y celebran algo. — Silencio. La luz se aparta de la columna. «Viento».

PARSIFAL

como si ahora, en él, con la palabra se formara al mismo tiempo la cosa: «Viento».

INDÍGENA

«Cielo».

PARSIFAL

como si ahora, para él, la palabra fuera al mismo tiempo la cosa: «Cielo».

INDÍGENA

«Polvo».

PARSIFAL

ahora, con la palabra, da vida a su objeto: «Polvo».

INDÍGENA

«Agua».

PARSIFAL

ahora, con la palabra, mira buscando la cosa: «Agua».

INDÍGENA

con los nudillos golpea el marco de la fuente, y en ese momento se oye cómo de ésta empieza a salir agua a borbotones: el sonido oscuro y monótono del agua que fluye marca el ritmo de lo que va a venir.

PARSIFAL

se sienta y deja colgar los pies en la fuente; balbuceando, emitiendo sonidos guturales, echándose a reír de repente; luego, finalmente, hablando: Mientras no hubo básculas, no hubo cara a cara. Esta báscula colgaba en un lugar que no existía. Con ella se pesaba a los que no existían. A la báscula no la comprendían ni la veían. En ella penetraban los que no eran y, sin embargo, eran y serán. El gigante levantó el pie y con unos pocos pasos llegó al lugar de las cinco montañas. Con su caña pescó de golpe seis de las tortugas, se las echó a la espalda y regresó a su tierra. Allí asó las conchas para obtener oráculos. Pero de los ángeles muchos se quedaron sin patria. Al Norte del pelado Norte había un gran océano. Al Sur crecía un gran árbol, crecía en

invierno, sus frutos eran de un color entre rojo y amarillo y tenían un sabor ácido. La cáscara y el jugo eran buenos para las fiebres tercianas. Cuando llevaron el árbol al otro lado del río, se transformó en el arbusto del naranjo, lleno de espinos. Por encima del Mar de Piedra volaba una mariposa blanca y en un cardo de plata zumbaba una abeja de septiembre. El cadáver de mi padre se balanceaba al viento de las copas de los árboles, mientras a mí, en la boca, me quedaba aún el mal sabor de la leche de la madre. Luego, en la estación fronteriza, durante el diluvio, vi a los orientales sentados bajo el remolque de su camión jugando a los dados. El caminante metió la mano en la mochila de su compañera, que ella llevaba a la espalda; desde el canalón asomaban orejas de gato; la cabeza de la que adoraba al dios giraba como un radar; en el supermercado, junto a la cajera, estaba su manzana mordida; de camino a la escuela cayó la primera nieve, y así pasó mi infancia junto a la fuente de los cuentos. *Pausa*. Y ahora pregunta.

INDÍGENA

Yo no soy ninguno que haga preguntas. Soy un indígena. Pero los que te van a hacer preguntas a ti están ya en camino. Enseguida estarán aquí.

PARSIFAL

No obstante, pregúntame lo que sea.

INDÍGENA

Dove va?

PARSIFAL

À Medea.

INDÍGENA

¿Solo?

PARSIFAL

Si.

INDÍGENA

Dio mio! *Pausa*.

PARSIFAL

Pregúntame algo más. No te pares. Sigue preguntando.

INDÍGENA

Tu n'as pas peur si seul dans la forêt, pieds nus?

PARSIFAL

Non, pas du tout.

INDÍGENA

Tu es canadien?

PARSIFAL

Oui.

INDÍGENA

con la mano dibuja en su cara la de Parsifal: Ça c'est voit! Se ríen juntos.

PARSIFAL

Y ahora pregunto yo. — ¿Qué esto? *Aparte, adoptando a ratos el tono del que mira desde el muro. ¡Así, sin verbo, es, como ya se sabe, el modo como empiezan a preguntar los niños pequeños!*

INDÍGENA

Éste es el muro de las preguntas. Como ves, está ya medio derruido y lleno de hierbas. Una puerta ciega. Pero: «¡abramos la puerta!», dijo el niño delante de la puerta ciega del muro.

PARSIFAL

¿Y eso de ahí?

INDÍGENA

La rueda de las preguntas. *La hace girar. Chirría.* Como oyes, hace ya tiempo que no la han hecho girar.

PARSIFAL

¿Y aquello de allí?

INDÍGENA

Eso, niño, es el palacio de las preguntas. *Acompaña a Parsifal a la cabaña, se cuela dentro y regresa con un albornoz, como el que se ponen los boxeadores después del combate. Se lo pone a Parsifal; lo peina. Mientras tanto la luz se va transformando en una luz interrogativa — lo contrario de una luz de interrogatorio, un brillo que, como saliendo de los mismos cuerpos, hace resaltar las irregularidades de las cosas, la cabaña, el muro, etcétera.*

PARSIFAL

esperando a los otros, atraviesa la escena probando actitudes que expresan que está preparado para que le pregunten: se hace invisible detrás de un árbol hendido y, deformando la voz, dice: «¿Cuál es tu pregunta?»; con las piernas abiertas y dando

la espalda a los espectadores, se coloca sobre el marco de la fuente y manda así: «Ahora, preguntad»; se tumba boca abajo, mudo, y adoptando la actitud de una esfinge que espera a que le hagan las preguntas; — al fin interrumpe este juego; se limita a sentarse delante de la cabaña; se apoya allí y cuenta: Desde que terminaron las preguntas de cuando era un niño pequeño, ya no pude preguntar más. Además siempre me enfadaba cuando me preguntaban. A mí todas las preguntas que me hacían me parecían inadecuadas, planteadas por quienes no debían plantearlas, en un tono inadecuado, en un momento inadecuado, en un lugar inadecuado. Vosotros, con vuestras preguntas inadecuadas, me habéis sacudido el polvo de las alas. Cuando me preguntaban de un modo inadecuado por algo que había sucedido, bastaba con esta pregunta para que perdiera la imagen de lo sucedido. Sin embargo, siempre estaba esperando a que al fin me preguntaran. Cuanto más mundo y más posibilidades iban aniquilando aquellas preguntas vacías en torno a mí, más grande era la necesidad que yo tenía de que al fin llegara alguien con una pregunta, no dirigida a mí, o contra mí, sino para mí. ¡Sí, una verdadera pregunta iba a ser para mí como un regalo! «Te he traído una cosa — ¡una pregunta!» Una vez viví una auténtica serie de preguntas — no la viví en mí, sino en un tercero, alguien que en aquel momento tenía un miedo espantoso, y esas preguntas eran así de sencillas: «Dime tu fecha de nacimiento. ¿Cuál era el nombre de pila de tu padre? ¿Cuál era el nombre de soltera de tu madre?», y, por unos momentos, estas preguntas le quitaban el miedo. Yo también tuve en una ocasión un miedo espantoso, y lo que me preguntaron entonces fue: «¿Qué tal? ¿Mejor?», o bien: «¿has perdido algo?», o «¿no eres de aquí?». ¿Quién puede ayudar con una pregunta? Preguntas que ayuden, ¡y sólo ésas! Por cierto, las preguntas adecuadas sólo las esperaba de los desconocidos o de los forasteros, y las de los parientes, o los del lugar, por mucho que preguntaran sin parar, no las tomaba nunca en serio. Y sin embargo: ¡ah, padres, si siempre que llegaba a casa, en vez de obsequiarme con cosas, de la bodega o del horno, hechas por vosotros, me hubierais obsequiado con una verdadera pregunta!

INDÍGENA

le interrumpe: Estoy viendo venir a tu grupo de preguntadores. Como si allí, en lo profundo del bosque, las manchas de luz de repente se hubieran puesto en movimiento por sí solas. Los reconozco en que llegan a pie, lentamente, con la cabeza levantada, cada uno por un camino distinto. Los indígenas de aquí vendrían en coche, aunque sólo tuvieran que cruzar la calle. Curioso: en otras ocasiones, o bien son la mayoría, que habla demasiado alto, o la minoría, que habla demasiado bajo — y hoy, como indígena, soy el único. ¡Está bien así! *Desaparece en la cabaña.*

PARSIFAL

sigue contando mientras, poco a poco, van apareciendo los demás viajeros, cada uno de ellos con un vestido de fiesta brillante, negro o blanco: Y si yo, por mi parte,

no preguntaba, eso no quería decir que no tuviera preguntas. Yo continuamente estoy haciendo preguntas, lo que ocurre es que nunca supe formularlas, ni siquiera con la actitud o con la mirada. No saber preguntar: el problema de mi vida. Que mi madre me inculcara el hábito de no hacer preguntas a nadie es una leyenda que corre sobre mí. Ella continuamente llegaba y me decía: «niño, pregúntame algo». Cómo le hubieran servido a ella mis preguntas, porque siempre que decía esto se encontraba en un apuro. En una ocasión cayó de bruces al suelo delante de mí, y yo —ni siquiera salió de mi boca un «¿qué pasa?»— seguí comiendo mi postre. Cuando en aquel tiempo mi padre, en lo alto de la escalera de mano, de repente dejó de hacer lo que estaba haciendo, se llevó la mano al corazón y durante un buen rato no hizo más que mirarme fijamente, yo, en lugar de preguntar, me reía, aunque luego dijo: «me muero», y realmente se cayó de la escalera muerto. Como nunca preguntaba, pasé por ser una persona ruda y salvaje. Pero la verdad es que el hacer preguntas era algo que en conjunto me parecía vedado — no sé por obra de quién. A partir de entonces, en los asilos, desde Archangelsk hasta Agrigento, se representaban las cosas más extrañas para conseguir que el que estaba encerrado en sí mismo hiciera preguntas. En Celje, de repente, uno entró en la habitación sobre unos zancos. En Zaragoza uno, de repente, me amenazó con una máscara de animal. El último de esta serie me vendó los ojos, me metió en el coche, me llevó hasta el más remoto de los continentes y, en un acantilado del Finisterre llamado «Bocca di Inferno», me quitó la venda: no dije ni mu, no me salió ni una pregunta en este abismo infernal. Sin embargo, a otros, que eran totalmente desconocidos en su estado de abandono, les he oído pedir una información, aunque conocieran el camino y supieran qué hora era: el mero preguntar les hacía ya bien. Aun en el caso de que les contestaran «no llevo reloj»: ¡qué efusivo su agradecimiento! Alguien a quien iban a atracar se anticipó a su atracador abordándole y preguntándole por una calle que sólo existía en su fantasía. Éste es el arte de preguntar que tanta falta me hace. — Ah, es verdad, una vez conseguí hacer una pregunta: unos niños que jugaban en un lugar prohibido se asustaron al verme, y yo, al pasar por delante de ellos, les pregunté: «¿por qué no seguís jugando?» Ya va siendo hora de que consiga hacer preguntas. Pero ¿a quién? Porque preguntarme a mí mismo sigue siendo una falta de seriedad, que no conduce a nada. ¡Padre, madre, ahora que estáis muertos es cuando tendría preguntas y más preguntas que hacerlos! *Entretanto han ido llegando todos al límite del claro del bosque. El último en llegar es el VIEJO, arrastra tras de sí la maleta y dice, primero a sí mismo: «¡Arrastrando una carga sigues estando vinculado a tus antepasados!» Luego, volviéndose a su mujer, en el juego: «Ya has vuelto a acortar el camino... Siempre has acortado el camino en su último trecho.» Pausa. Mirando alrededor. Luego, todos a la vez: «Me resulta tan familiar esto... ¿He estado aquí alguna vez?»*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

al aguafiestas: ¿Hay una inscripción en la lápida de la tumba?

AGUAFIESTAS

lee: «Y el ángel me habló: ¿Por qué te asombras?»

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

La última pregunta de la Sagrada Escritura. Luego, ningún momento de asombro más: sólo las imágenes del Apocalipsis, con Amén y Aleluya y todo. Claro que las preguntas y el Apocalipsis se contradicen. —¿Tú qué epitafio escogerías para tu tumba?

AGUAFIESTAS

«Estoy detrás». *Da unos pasos hacia adelante y cuenta el número de los presentes, incluyéndose él. Siete.* Tantos como las pléyades, la constelación que tiene forma de interrogante. Pongámonos pues de puntillas un momento para que el aire fresco de las preguntas nos dé en el rostro. Las preguntas decisivas: a la altura de los ojos. Sí, ahora es el momento de las preguntas — aunque para preguntar hubiera deseado un lugar que no fuera este claro del bosque, tan estrecho; por ejemplo, el círculo interior de una barrera de carros. «Claro» significa para mí «Edad Media» y la Edad Media pasó, ¿o no es así? ¡Qué lugar tan irreal! ¿Irreal? De este modo las preguntas lo harán real. Sólo las preguntas se crean el lugar y curvan el espacio. No hay mayor intensificación de la realidad que el descubrimiento de una pregunta. El investigador se emociona: ¡estoy a punto de descubrir una pregunta! Y pensad: el tiempo de los oráculos también ha pasado ya, ¿o no? No es para que nos contesten a una pregunta por lo que nos hemos puesto en camino, sino para que, en el silencio del lugar de los antiguos oráculos, cada uno descubra cuál es su pregunta. Pero ¿acaso tengo todavía una pregunta? Parsifal ha hablado sobre el preguntar: ahora la—narración —de-las-preguntas pasará a ser el juego en el que se pregunta.

EL INDÍGENA

También vestido de fiesta, en blanco y negro, maquillado además como un servidor del templo que tiene que espantar a los enemigos del lugar: con el pelo erizado, como corresponde, sale de la cabaña y a través de la puerta, que deja abierta, enseña un gong, que golpea con una cuerda, después de lo cual se para junto a la puerta. Todas sus vendas han desaparecido, menos una, que lleva floja en torno al cuello, como el lazo de un cocinero.

AGUAFIESTAS

dirigiendo el juego: Actores, éste es ahora vuestro momento. (*ACTOR y ACTRIZ dan un paso en dirección a PARSIFAL.*) No basta con tener una pregunta. Tener una pregunta significa representarla al mismo tiempo. Pero es sólo la representación correcta la que hacer ver qué es preguntar. Y las preguntas quieren que alguien enseñe a hacerlas. Y vuestro mejor espectador sería probablemente un animal, porque éste advertiría inmediatamente si al preguntar estáis representando bien o no. — El

juego de las preguntas^[3] puede comenzar. Ahora mostrad vuestro arte. Prólogo: una pequeña parodia —de preguntas.

ACTOR

a ella: ¿Qué tal el viaje?

ACTRIZ

Estupendo. Lo más hermoso ha sido que tengo todavía presentes cada uno de los días, los atardeceres y las mañanas.

ACTOR

como «segundo preguntador»: ¿Qué tal el viaje?

ACTRIZ

con un entusiasmo que se esfuma: No me arrepiento de haberlo hecho. Un hermoso recuerdo. Alguna vez te hablaré más de él.

ACTOR

como «tercer preguntador» en la serie: ¿Qué tal el viaje?

ACTRIZ

con desgana: Vaya. Así, así. Luego ella se dirige a él: ¿Estás bien?

ACTOR

Sí.

ACTRIZ

¿De veras?

ACTOR

De veras.

ACTRIZ

¿De veras de veras?

ACTOR

se calla. — Luego él se dirige a ella: ¿En qué estás pensando ahora mismo?

ACTRIZ

¿Realmente quieres saberlo?

ACTOR

le coge la mano a ella y se la pone sobre la frente de él.

ACTRIZ

¿Te duele la cabeza? *Silencio.* ¿Puedes guardar un secreto? *Silencio.* ¿El estado de espíritu en el que se encuentra usted en este momento?

ACTOR

Carencia de sentimientos. — ¿Dónde le gustaría vivir?

ACTRIZ

En la más lejana de las estrellas. — ¿Su principal virtud?

ACTOR

El odio. — ¿Su mayor defecto?

ACTRIZ

La avidez. *Los dos a un tiempo:* ¿Y su pájaro favorito? El buitre. ¿Y cómo le gustaría morir? ¡Chillando! *De nuevo el gong interrumpiendo la parodia.*

LOS ACTORES

se mueven en dirección a PARSIFAL, que está esperando a que le pregunten. Se paran. Luego dicen juntos: No puede ser. Viniendo estaba lleno de preguntas, pero ahora que tengo que dirigir una pregunta concreta a esta persona concreta que está aquí, estoy en peligro de perder incluso la capacidad de preguntar. Ya al acercarme al lugar de las preguntas iba amainando en mí el preguntar. *A PARSIFAL:* ¿Qué hacemos?

PARSIFAL

se levanta de un salto, abraza a los dos y, en calidad de espectador, va al extremo de la escena a juntarse con los otros.

LOS ACTORES

intentándolo en el vacío, luego: Esto tampoco puede ser. Antes quizá lo indeterminado era todavía una dirección-en-la-que-preguntar. Pero ahora ya no. Ya no podemos dirigir preguntas a lo indeterminado.

AGUAFIESTAS

Un malentendido. Porque lo que tenéis que representar no es el dirigir preguntas sino el tener preguntas. Primero mostrarnos a los espectadores nuestra emoción al descubrir una pregunta; luego, la calma admirativa en la que nos encontramos cuando tenemos esa pregunta; luego, nuestro habernos-convertido-completamente-en-pregunta; y, por último, aquel estado en el que nuestro preguntar se hace una sola cosa con nuestro ser preguntados.

LOS ACTORES

inmediatamente, sin antes ensayarlo: Pero ¿cómo se hace para representar en silencio lo que es uno que tiene preguntas, uno que está preguntando, uno a quien le preguntan algo? Cuando ha sido necesario, he llegado a representar «se alegra» — y yo incluso una vez un «se ruboriza» — un león representé yo una vez, un río, un selenita — y yo la Esfinge, un laurel, Andrómeda: pero uno que tiene preguntas y cuyas preguntas además no están dirigidas a nadie, ni a sí mismo, ni a ti, ni a un tercero, y que encima son preguntas indeterminadas, que no se pueden plasmar en palabras... un papel así no lo ha habido en tres mil años. ¿Cómo te lo imaginas? Representáanoslo.

AGUAFIESTAS

avanza hacia ellos, vacila: Tenía unas cuantas imágenes de este papel: primero nuestra llegada aquí, en una tranquilidad de la cual uno podría decir: «¡eso sí que es tranquilidad!» Ahí nosotros nos habríamos detenido como si hubiéramos llegado a la meta de nuestro viaje; en la posición de preguntar. Lo único que habría ocurrido después es que a un silencio le habría seguido otro. Esta tranquilidad la habría respirado incluso la tela de nuestros vestidos, el negro, el blanco; la habría respirado hasta llegar a la profundidad de los bolsillos. En nuestros cuerpos habría brillado la luz de las preguntas, una luz parecida a la que hay a la entrada de una hoz en un camino de barro. Además, me imaginé aquellas figuras micénicas —más antiguas que vuestros tres mil años—, con las cabezas que miran hacia delante y unas narices respingonas con enormes ventanas que son las que «saludan al sol», del mismo modo que debe hacerlo el trasero en aquellas figuras sentadas, quietas de Oriente. Nosotros habríamos contenido la respiración. Sin música. Sólo nuestro ser-del-todo-pregunta habría tenido el efecto de aquella armonía en la que incluso la tímida lagartija no sólo no se escapa corriendo sino que viene y se queda a nuestros pies, todo lo más dando un pequeño respingo cuando una hormiga le pasa por el ojo. El muro de las preguntas, con su brillo, habría atraído nuestra mirada a lo alto. Los viejos robles de piedra habrían vuelto a resonar y cada uno de nosotros se habría apartado hacia un lado y habría buscado su pregunta. O bien nos habríamos agachado, cada uno se habría agachado al suelo, hasta llegar a la distancia que tiene un niño en relación con la tierra. Imaginarse el preguntar de esta manera habría significado imaginarse nuevamente una forma de vida. Durante el tiempo en que no habría preguntas habríamos llegado a saber ¿qué? Lo que debemos hacer. Y después de este breve lapso de tiempo, sin decirnos nada, habríamos bebido una copa, brindando por nosotros, y cada uno habría reemprendido su camino.

LOS ACTORES

Lagartija, ventanas de la nariz, barro: no son más que imágenes de estados de ánimo, fantasías. Pero ¿cómo te imaginas trasladarlas a una escena con la que

nosotros, los actores, podamos plasmar de un modo visible el preguntar?

AGUAFIESTAS

vacilante: Habría salido el guarda del lugar, decididamente un hombre sin preguntas, un enemigo de las preguntas, con la intención de echarnos de aquí por intrusos. (*Hace una seña al INDÍGENA, después de lo cual éste toca un pito y, haciendo restallar un látigo, con los cabellos erizados, va derecho hacia los otros.*) Sin embargo, las armonías de nuestro estar-en-pregunta habrían amansado al atacante y lo habrían desarmado. (*Se esboza la escena, el INDÍGENA guarda el pito y el látigo.*) Nuestra debilidad de tener preguntas que hacer se habría transformado en fuerza, porque el guarda del lugar nos habría recibido ahora como huéspedes que estaba esperando desde hacía tiempo, con un saludo floreado, como de cuento. *El INDÍGENA, alisándose los cabellos, se convierte en el camarero que les lleva a los otros asientos diminutos que saca de la cabaña, un taburete de ordeñar, sillitas de jardín de infancia, un banquito de salinas, después de lo cual, por supuesto, de momento son los viejos los únicos en sentarse, con esta observación: «en las comedias y tragedias de antes se nos permitía sentarnos más...»*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero ¿una escena así no es simplemente un truco? ¿Un viejo juego? ¿Inadecuado para el problema de representación que tenemos hoy en día? Entonces ¿por qué no pasamos directamente a un juego aún más antiguo? En mi imaginación, en este momento nos ponían máscaras de preguntar; ardíamos, literalmente, como una brasa, de ser-todo-pregunta; y arriba, en el cielo, como señal de las preguntas que estábamos barruntando, había una nube.

AGUAFIESTAS

Entonces, ¿por qué no directamente una voz desde lo alto, o el heraldo del rey de las preguntas, montado a caballo? — Extraño amigo: también el tiempo de tus cuentos fantásticos ha pasado. ¿O no? El mismo gong sonaba mal. ¿O no? (*Mira hacia atrás y se sienta, que es lo que hacen luego los otros.*) Ya no hay ninguna posibilidad de huir. Tengo que entregarme. Por mucho que dijera antes: ¡se acabó conmigo!, en secreto estaba convencido de lo contrario. Pero ahora... Ahora el lugar en el que deberíamos haber representado la aventura del preguntar me dice por primera vez su verdadero nombre: «Angostura». ¿Nos hemos equivocado al preguntar? Qué vivo me parecía siempre el rostro del que tenía una idea, más vivo aún el rostro del que estaba triste o se alegraba — ¡pero el rostro más vivo de todos me parecía el de aquél que al fin tenía la pregunta adecuada! Y entonces, lo más vivo en nosotros — ¿no tiene ninguna forma en sí? ¿No es representable en sí? ¿Del juego del preguntar, sereno como la mañana, tal como yo me lo imaginaba —con el rocío habríamos arqueado las cejas de las preguntas—, no va a salir al final, contra mi voluntad, un drama? Pero ¿no hay ninguna tercera vía? ¿No es verdad que las fugas,

muchas veces, sólo me salían bien porque únicamente las intentaba con la conciencia de que de todos modos eran fugas desesperadas? Pero la tercera vía, en los cuentos, ¿no es la de la muerte? Entonces, según esto, los extraviados en las preguntas, ¿tienen que tirarse por el acantilado? ¿Fracasada la expedición-de-las-preguntas? ¿Interrumpido, sin éxito, el movimiento de las preguntas? ¿Se dirá algún día de nosotros, a diferencia de lo que se dijo del heroico cortejo de los cheyennes volviendo a su patria de origen, que con nuestro viaje al país sonoro emprendimos una de las más absurdas expediciones de la historia? Aparte de nosotros, ¿habrá alguien más que esté interesado en investigar lo que son las preguntas? ¿No están desapareciendo cada vez más del centro del acontecer del mundo, de la lengua —incluso según la ciencia—, las formas interrogativas?; es más, ¿no están desapareciendo incluso las elevaciones de voz, los alargamientos, el golpe glotal de la interrogación? ¿No debería habernos servido de aviso que en todo lo sonoro hay pintada una calavera o un ser humano que cae de espaldas? ¿Os acordáis de la liebre que huía y que, al oír la nota sonora, se paró y dejó que le pegaran un tiro? Con nuestra expedición al país sonoro, ¿no hemos destruido hasta la última materia sobre la que preguntar, y nos encontramos ahora como aquellos a los que se les han muerto todos los que estaban a su alrededor, de tal modo que «ya no tienen a nadie a quien preguntar»? (*Se detiene. Luego, de repente, mirando a los otros, se ríe, una risa que se contagia. Luego:*) ¿Cómo pude olvidarme? Para la persona que hace preguntas no hay nada trágico. (*Pausa.*) ¡Ah, qué fuerza emana ahora de aquello que ya no existe! ¡Qué obstinación! ¡Qué tirón! ¡Qué dentadura para mi nostalgia y para mi anhelo! Qué fe... en lo que no tiene sentido, en las empresas sin sentido. Entonces ¿ésta aún no ha sido mi última fuga?

Silencio. Luego, por encima de ellos —todos levantan la cabeza— el ruido atronador de un avión, y por debajo de ellos el metro. Se nota que el suelo vibra. Ya no se oye nada. La señal del transbordador que se ha oído al comienzo. Todos dirigen la mirada hacia el INDÍGENA. Éste, después de hacer un gesto de «¡hay tiempo!», desaparece en la cabaña y sale con una botella. Las copas para el vino las sacan LOS VIEJOS del baúl como por arte de magia. El indígena escancia, como camarero, y asiste al brindis general. Luego, de un modo más insistente, otra vez el sonido que indica la salida del transbordador. Al mismo tiempo, la luz del comienzo.

EL VIEJO

se levanta, con maleta y todo; hace su seña de «seguidme» y sale danzando.

LA VIEJA

siguiéndole: Siempre dueño de la situación: en el vacío, el maestro de la espera; entre el gentío, el maestro del lugar; y dondequiera que esté, mi maestro del momento oportuno. — Pronto volveremos a estar en mi jardín, el jardín triangular junto a la vía del tren: el eneldo, las judías verdes, la salvia, la albahaca, la serpiente que está

siempre en el mismo sitio, junto al muro, cerca de la grieta de la roca...

EL VIEJO

mirando hacia atrás: Y al fin, de nuevo, los ojos redondos de los nietos, unos ojos ante los cuales nuestros ojos-arrugados vuelven a ser redondos. *Mirando hacia delante con un grito de sorpresa:* ¡El transbordador se llama EMAÚS!

LA VIEJA

Como el bloque de viviendas sociales a las afueras de nuestro pueblo, donde, al pasar por delante, le zumban a uno las moscas en la boca. — Pero ¿ya estaremos yendo a casa? *Al salir, danzando, recoge del suelo algo que el VIEJO, que va delante de ella, ha perdido, y al recogerlo pierde a su vez algo, que recogen los ACTORES que van detrás de ellos...*

AGUAFIESTAS

llamando a los ACTORES, refiriéndose a PARSIFAL con un gesto: Llevadlo con vosotros, actores, cogedlo en brazos, porque él es el cuerpo del preguntar y deberá estar siempre con vosotros, para que vosotros, la gente de hoy, podáis quizás aprender otra vez a representar el preguntar. *Los dos levantan a PARSIFAL cogiéndole por las corvas y las axilas y, con él en brazos, que una vez más dice adiós con la mano por encima del hombro a los que se quedan, salen danzando apaciblemente.*

ACTRIZ

dándose la vuelta un momento por última vez, de pronto con una diadema en la frente: ¡Mucho tiempo, Indígena! ¡Mucho tiempo, Anton Pawlowitsch! ¡Mucho tiempo, Ferdinand!

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

«¿Mucho tiempo?» ¿Es ésta una manera posmoderna de despedirse?

ACTRIZ

No, es un deseo de Año Nuevo, muy viejo. *Por encima de PARSIFAL, frota su frente con la del actor.* ¿Estás conmigo?

ACTOR

Y yo, ¿puedo contar contigo? *Los tres salen danzando. Otra señal.*

Silencio. EL QUE MIRA DESDE EL MURO y EL AGUAFIESTAS *se levantan.* EL INDÍGENA *se retira a la sombra.*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Ha sido un largo viaje.

AGUAFIESTAS

En línea recta, como los pájaros, no hemos ido. Con este viaje me ha ocurrido como con la montaña, que desde lejos parece cosa de niños y de cerca está llena de grietas, de precipicios y de peñas colgantes; cada paso es difícil.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Y otra vez he vuelto a fracasar en una despedida.

AGUAFIESTAS

Y, no obstante, has sido tú el que ha escrito la línea más bella que jamás se haya escrito sobre la despedida. *Pausa*. «La separación quiere ternura...» *Pausa*. Me gustaría marcharme a Siberia. Allí está sentado uno en alguna parte, junto al Yenisei o el Obi, y pesca con caña...

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Por hoy ya hemos huido bastante, Anton Pawlowitsch.

EL AGUAFIESTAS

Por hoy ya hemos preguntado bastante, Ferdinand.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

«Ha preguntado hasta la saciedad», para nosotros, en nuestro país, es una expresión que significa «ya no es ningún niño», y «le han preguntado hasta la saciedad» significa «ha muerto».

AGUAFIESTAS

Después de esto, ¿qué planes tienes ahora?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Ya estás preguntando otra vez. *Pausa*. Siento deseos de meterme en el tumulto, en las capitales. Alejarme de los árboles. No tener que estar buscando por todas partes el árbol del lugar para que así haya lugar. Irme adonde están las piedras, negras y blancas, calcio y basalto. Del silencioso interior del país, volver al ruidoso exterior. Volver a ser contemporáneo. Las parejas tienen que gritar, tanto las verdaderas como las falsas. Los parachoques tienen que chocar, el silencio tiene que hacerse añicos bajo el aire a presión.

AGUAFIESTAS

Sí, al silencio probablemente ya no vamos a llegar en este siglo o incluso hasta el final de los tiempos.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Está bien así. El ruido por lo menos libera de la tortura de la cháchara. Mira, qué bello el modo como, en aquel estrépito de allí, los trabajadores se sonríen los unos a los otros.

AGUAFIESTAS

En mi tiempo, en el trabajo había ruidos distintos del Brrrrrrcrachclinbum. Y mira: el crucificado, allí, encima de tus alegres trabajadores de los nuevos tiempos, está hecho, a molde, de hormigón y tiene cara de haberse muerto de tanto ruido. Necesito el silencio.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Por qué?

AGUAFIESTAS

Ya lo sé.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Es eso una contestación?

AGUAFIESTAS

Sí.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

¿Y eso lo dices tú?

AGUAFIESTAS

Eso lo digo yo al que, después del tiempo en el universo del silencio y de la fantasía que pregunta y del sueño que se expande en preguntas, le horroriza tener que volver al despotismo sin preguntas de los blasones, de las banderas, de los letreros con números y nombres. Si se esfuman las preguntas, se esfuma también mi sentido creativo. ¡Carencia de preguntas, antimusical! Una carencia de preguntas hermosa sólo la conozco en el cansancio... ¿El futuro no fue una vez un continente? Y la pregunta de las preguntas, por lo menos en mis tiempos: «¿qué hacemos?» ¿Y por qué hoy en día ese continente se ha encogido, convirtiéndose tanto en tu pregunta-isla como en mi pregunta-isla: «¿Qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer solo?»? ¿Adónde ha ido a parar aquello que teníamos en común con todos aquellos que andaban en todas direcciones? ¿No estuvimos una vez todos juntos dentro, en el temblor, aunque sólo fuera en el de los manteles de papel, en el jardín de un restaurante perdido, por la noche, a la salida de una ciudad? «Del remate de un tejado, desapareciendo lentamente la leyenda de la infancia que habla de la golondrina que vuelve todos los años». ¿Quién al tiempo actual podría llamarle todavía una época?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Por lo que a mí respecta, yo no necesito ninguna época. La hoja cae en el agua, el viento sopla a través de la hierba — eso me basta como tiempo.

AGUAFIESTAS

Estando de camino no he matado ni un solo animal — así que empiece a estar en un lugar fijo, volveré a aplastar animales. Estando de camino no me dolía absolutamente nada — en cuanto llegue a casa, volverán a pasarme los dolores por todo el cuerpo... Y al verme, mis conciudadanos volverán a abrocharse los cinturones de seguridad... — Bueno, por lo menos Taganrog sigue llamándose Tanganrog, y las chicas jóvenes siguen teniendo ganas de ir a Moscú.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

mira por los gemelos: Y las muchachas de Ottakring siguen mascando chicle. Y los jardines Schreber^[4] de Hernals siguen lindando con el cementerio. Y el «Choque en el Cielo» sigue llamándose «Choque en el Cielo». Y ahí sigue estando la fábrica de pianos Ehrbar. Y los vehículos de la empresa AUTORRECOGIDA siguen causando embotellamientos en las calles. Y Brühl de Arriba sigue leyendo el periódico de Wald de Arriba. Los topónimos con «Arriba» seguro que no los han bautizado así los habitantes del lugar... Son nuevos: el centro de bronceado rápido, el centro de terapia del dolor y el Instituto Ba-sho de sistemas reintegrativos de enseñanza. Bueno, por lo menos sigue existiendo el callejón Colérico Feliz y mi calle Pecho de la Tierra, mi callejón Pues y mi calle Y. Y aquí: Memphis —aunque no Tennessee— y menos aún Egipto. ¡Y allí, en el autobús que lleva el letrero «sin cobrador», estás tú, de pie!

AGUAFIESTAS

¿Y qué estoy haciendo?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Al arrancar el autobús, te tambaleas hacia atrás. — Y allí, todos nosotros: una madre pega a su hijo.

AGUAFIESTAS

¡Y eso lo dices tú! Algo bello, por favor, sólo una cosa.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, una concha de caracol que va rodando por la tierra llana, movida por los empujones que le da una avispa.

AGUAFIESTAS

Porque la avispa es un animal necrófago.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pero allí, otra vez tú: un niño que huye.

AGUAFIESTAS

Probablemente uno de esos corredores, una de esas bestias desagradables que corren dando patadas.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

No, seguro que es un niño, porque busca su escondrijo en un muro. ¿Quién si no un niño cree poder esconderse en un muro?

AGUAFIESTAS

¿También ves por alguna parte a mis hijos, los que engendré en cada uno de los lugares en los que esquivé a mis perseguidores?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Allí, junto a la baranda que está sobre la hoz. Se mantienen bien al borde del abismo, llevan pequeñas mochilas. Uno habla español, el otro ruso. ¡No los despertéis! ¡Dejadlos!

AGUAFIESTAS

Pero ¿qué es lo que sigue siendo mi imagen más profunda? La de un lamentable fugitivo. You can run but you cannot hide. ¿Y quién es éste al que estoy viendo como un fugitivo sin esperanzas? (*Silencio*) ¿Cómo es el trecho de camino que me queda por hacer?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Pacífico.

AGUAFIESTAS

Lástima, me hubiera gustado recorrerlo huyendo. El estar en camino, el no tener lugar donde estar —de qué modo me ha estado poniendo en cuestión continuamente—, por suerte.

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

De repente se deja caer de rodillas y se tumba boca abajo sobre las tablas; mira a través de ellas. Ya desde que era niño, éste era mi mirador preferido: mirar hacia abajo, a la tierra a través de los agujeros de la balaustrada, los que han dejado los nudos de la madera.

AGUAFIESTAS

¿Qué ves ahora?

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

Marrón siena, amarillo Yang-Tse-Kiang, el rojo del monumento Valley. *Silencio. Luego, los dos se deciden al fin a salir, cada uno en una dirección distinta.*

EL QUE MIRA DESDE EL MURO

dándose la vuelta bruscamente: Espera, fugitivo que envejeces, al que ya no se le puede reeducar. Voy a seguir escoltándote un poco. *En el momento en que alcanza al otro:* Es raro – ¡hace un momento yo era del todo tú! *Luego, mientras los dos se marchan juntos, saca su libro y lo abre:* ¡Vuelvo a poder leer! Ya no hay ningún tercero que lea conmigo. Por fin, de nuevo en la imagen. Por fin, de nuevo en la vida duradera de la escritura. *Lee:* «Pasé dos noches en la casa de To-sai y luego dije que me tenía que ir porque quería ver la luna de otoño en el puerto de Tsuruga...» — *Levanta la cabeza y mira a lo lejos:* ¡Cuántas despedidas por todas partes! ¡Cuánto dolor en las despedidas! Sólo las monjas, en su compartimento iluminado, van mascullando palabras solas sin preocuparse: al viajar, no se separan de nadie; creen que ya están unidas con su Señor, que está en el Cielo. Eso no está nada bien, ¡no tiene en absoluto la belleza de Dios!

AGUAFIESTAS

bajando la vista, mirando hacia las suelas de sus zapatos y mirando su traje: Manchas de mora, alquitrán, espinas de pescado, paja, chicle, plumón, arena del camino, mica del arroyo: creo que el fugitivo se va a quedar con estos zapatos. — Y al número de fábrica de la sastra desconocida le va a mandar una carta de agradecimiento por este traje. *Escupe hacia atrás, al claro del bosque:* ¡Maldito Dodona! *Aparte:* Entre nosotros, los fugitivos, la maldición de un lugar, en el momento de la despedida, es una forma de dar las gracias. *Echando los brazos hacia arriba, al ver lo que hay a lo lejos:* ¡La estepa, la estepa!

EL QUE MIRA DESDE EL MURO Y EL AGUAFIESTAS

juntos: ¡Andemos un rato más sin rumbo fijo! — *Los dos salen danzando. Pausa.*

EL INDÍGENA

sale de la sombra. Luego, luz de noche interrumpida continuamente por el rayo de un faro que gira. El Indígena toca el gong con la mano sin hacerlo sonar; toca la rueda sin hacerla girar, termina de beberse las copas que los demás han dejado a medias. Luego mira alrededor, a los taburetes vacíos: Todos llegarán bien a casa. Pero, el que se ha quedado solo, ¿se ha quedado bien? — Ya no hay más preguntas. A cada pregunta le arrancaré la cabeza de un mordisco. *Da un latigazo en el suelo y el látigo se le cae de la mano.* Llegarán a casa con la esperanza de encontrar a aquéllos que en el tiempo en que han estado fuera podrían haber preguntado por ellos. Pero nadie habrá preguntado por ellos. Sólo los que envenenan el regreso a casa les habrán pegado esas notas maliciosas en la puerta. Y si hay alguien que haya preguntado por ellos, no será el que debería haberlo hecho. Pero el primero que se encuentren se

apresurará a decirles cómo han cambiado durante el viaje, a lo que ellos, en ese mismo momento, volverán a ser del todo los de antes. ¿Cómo se dice: el ausente nunca tiene razón volviendo? Preparaos para un nuevo lugar extranjero. «Si yo tuviera un martillo...» Ya no hay más preguntas. Hacer preguntas está por debajo de mi categoría. Miradme: yo vivo en mi país y no pregunto a nadie y nadie me pregunta a mí. A propósito de esto, el lema de nosotros, los samurais del no-preguntar, un lema puesto en circulación por nuestro primer shogun hace ciento cincuenta años: «La más terrible de las culturas que el hombre se puede dar es la convicción de que los demás no preguntan por él». — ¿Dónde está hoy el canto de las cigarras? Ah, sí, se me había olvidado: noche. Invierno. Lo único que queda de esos ruidosos cantores son los caparazones inertes debajo de los pinos. «Daba golpes con el martillo por la mañana...» ¿Dónde estoy? ¿A dónde me han confinado? *Se yergue*: No hay preguntas. Prohibido preguntar. Tenemos que descubrirlo todo por nuestra cuenta. Y ahora, en la oscuridad, es el momento para ello — pues, según nuestro segundo general: «todo lo que merece la pena cuestionar, cuando mejor se descubre es por la noche». *Anda en círculo*: Doblar la esquina y meterse en la oscuridad, porque la luz ciega, la tiniebla construye. *Rastrilla el suelo alrededor de la fuente*: Nuestro modo de preguntar fue siempre trabajar. Sólo así podía convertirme totalmente en pregunta. Cuanto más me metía en lo que estaba haciendo, más trabajos había frente a mí, en forma de preguntas, y más me asombraba. Una vez, en medio de un trabajo así, llegué a un punto en el que aquél que antes lo más que hacía era dejar preguntar —el señor que deja preguntar— preguntó conmigo y él mismo se convirtió totalmente en pregunta. ¡Cómo nos asombramos los dos, juntos! ¡Qué alegría! ¡Ah, a casa, al trabajo! *Rastrillando vuelve a la cabaña*: Pero ahora, a descansar del trabajo. «Daba golpes con el martillo al atardecer...» ¿No vuelve ninguno de aquéllos porque me necesita? ¿Necesitarme? *Se sienta en el marco de la fuente*: Por poco tiempo aún estoy bajo la protección de los ausentes. Aún los siento alrededor de mí. No estoy solo; aún no. *Se levanta de un salto*: Nadie, nadie. Si por lo menos viniera por aquí un enemigo. Incluso el demonio me parecería ahora bien como alguien al que tener enfrente. *Sacude un árbol*: Antes, de vez en cuando todavía me caía alguna manzana del árbol, los ojos de la madera de la cabaña me miraban — pero esta manera de hablarme ya no me sirve. Pero tampoco vosotros, los demás, habéis encontrado vuestro amor. ¿Dónde estáis, vosotros, mi gente? ¿Dónde está mi sitio? ¿Soy el único de mi condición? ¿El único indígena no deseado? Hace un momento aún era el enlace del equipo de fútbol en el Hogar del Aprendiz; hace un momento aún era cajero de la Sociedad de Ahorro del «Hostal Casa de la Patria»; hace un momento aún tenía a todo un pueblo, aquí, en las articulaciones del hombro —¿Y ahora irrevocablemente solo? *Da patadas en el vacío*: Basta de patria, porque, según nuestro tercer jefe: «No sacarás nunca nada preguntándole, si no te basta con soñar con ella.» Sólo que yo nunca sueño. *Se pega en la boca y en los oídos*: Así que deja de preguntar, idiota. ¡Ahora, el juego de no-preguntar! — ¿Cuál es la patria de los idiotas? — Otra vez

una pregunta para la cual no hay respuesta. ¡Cállate! Márcate esto con fuego: a una contestación que uno no puede expresar con palabras, uno tampoco puede ponerle una pregunta. La adivinanza no existe. — Ah, un búho: no sigas volando, quédate. — Es raro que los animales, cuando están solos, tengan algo de seres que han enviudado, o a quienes se les han muerto los padres. *Se sienta junto a la columna y apoya la cabeza en ella*: Como por hoy me he librado de todas mis preguntas, ahora voy a dormir, como un bendito, estirado, sin sueños, bajo la Osa Mayor, junto al agua de la fuente. ¡Mirad vuestro modelo! *Vuelve la cabeza hacia la columna y lee*: «Si oyen ustedes la sonora alarma...» *Inspira profundamente*: quedar libre de preguntas. Esperar impasible sin preguntas. Caer como las hojas de los árboles, sin signos de interrogación. Simplemente, como las estatuas antiguas, sostener el libro con la mano cubierta y con la otra señalar el libro. La solución del problema del preguntar la conoceréis en la desaparición de ese problema. Se acabaron los espacios intermedios — es decir, se acabaron las preguntas. Árboles, mecedme con vosotros. La mariposa se marcha en forma de muchacha. Sale el loco con la rama florida de la estación del año en el pelo. Las gotas de lluvia, del tamaño de cerezas, caen sobre el polvo del sendero y sobre los rastrojos sin provocar remolinos. Imagen clara se acerca, imagen oscura se aleja. ¿Dónde está el perro que le lamía al pobre Lázaro las llagas del preguntar? «Yo daba golpes con el martillo por la noche...» ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿«La rosa existe sin porqué»? ¿Y tú? ¿Y tú? ¿Y tú?

Toca con su armónica una serie de notas graves, otra vez y otra vez, a intervalos en los que escucha con atención. Luego, detrás de la escena, las mismas notas, como respuesta. Escucha, sigue tocando; escucha una vez más: le contestan. Esto se repite, sólo que las notas que contestan, al final se alejan.



PETER HANDKE nació en 1942 en Griffen (Austria). Desde la publicación de sus primeras obras se convirtió en uno de los autores en lengua alemana más conocidos y traducidos. Estudió Derecho en la Universidad de Graz. Ha escrito poesía, novelas, obras de teatro y guiones cinematográficos. Algunas de sus novelas más importantes son *El miedo del portero al penalty* (1970), que fue llevada al cine por Wim Wenders, *El momento de la sensación verdadera* (1975), *El chino del dolor* (1983), *La tarde de un escritor* (1987) y *El juego de las preguntas* (1989). En 1973 recibió el Premio Georg-Büchner.

Notas

[1] «Tilo» corresponde al alemán *Linde*, palabra bisémica que, además de ser el nombre de un árbol, es un nombre propio generalmente asociado a una mujer poco refinada. (N. de los T.) <<

[2] Viento cálido y seco, que se da sobre todo al Norte de los Alpes, y que produce un cambio de presión y una nitidez especial en la atmósfera. (*N. de los T.*) <<

[3] La palabra alemana *Spiel* tiene el doble significado de «juego» y «representación teatral». (N. de los T.) <<

[4] Pequeñas parcelas en las afueras de las ciudades, por lo general arrendadas, que ofrecen a los ciudadanos la posibilidad de dedicarse al cultivo de flores, plantas y hortalizas. D. M. Schreber (1808-1861), médico y sociólogo alemán, promotor de esta idea, ha dado nombre a este tipo de jardines. (*N. de los T.*) <<